

MONS. FERNANDO OCÁRIZ

SELECCIÓN DE TEXTOS

2022-2023

MEDITACIONES

HOMILÍAS

CARTAS Y MENSAJES

DISCURSOS Y CLASES

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

ÍNDICE

MEDITACIONES

1. Clausura del Año de la Familia (26-VI-2022)..... 1
2. Comienzo del curso académico en Roma (8-X-2022) 3
3. Aniversario del nacimiento de san Josemaría (9-I-2023)..... 7
4. Aniversario de la sección de mujeres y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (14-II-2023)..... 11

HOMILÍAS

5. Jueves santo (14-IV-2022)..... 20
6. Viernes santo (15-IV-2022)..... 22
7. Vigilia Pascual (16-IV-2022) 24
8. Misa de inauguración del Año académico en Roma (3-X-2022)..... 27
9. En la Villa de Guadalupe (28-X-2022)..... 30
10. En la festividad del beato Álvaro del Portillo (12-V-2023) 32
11. En la festividad de san Josemaría (26-VI-2023) 34
12. Misa de Inauguración del Año académico en Roma (3-X-2023)..... 37

CARTAS Y MENSAJES

13. Mensaje con motivo del llamamiento del Papa por la paz (26-II-2022) 40
14. Carta sobre la fidelidad (9-III-2022) 41
15. Mensaje con motivo de la conclusión del Año de la Familia (14-VI-2022) 51
16. Mensaje para convocar el Congreso General extraordinario (6-X-2022)... 53
17. Carta sobre la fraternidad (18-II-2023) 55
18. Mensaje con ocasión de la finalización Congreso General extraordinario (17-IV-2023)..... 65

DISCURSOS Y CLASES

19. Conferencia “Agrandar el corazón” (29-IX-2022).....	68
20. Discurso en el acto de apertura del año académico de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (3-X-2022).....	79
21. Clase sobre la santificación del trabajo (17-II-2023).....	82
22. Discurso en el acto de apertura del año académico de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (3-X-2023).....	89
23. Clase sobre el modo de formar en la dirección espiritual (8-X-2023).	91

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS..... 96

24. Agencia Zenit. En memoria de la figura del difunto Papa emérito, Benedicto XVI (31-XII-2022).....	97
25. La Razón. Con motivo del fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI (5-I-2023).....	100
26. Mundo Cristiano. “Un motivo de acción de gracias” (IV- 2023)	103
27. El País Semanal (26-VIII-2023).....	105
28. Agencia Ecclesia (8-XI-2023).....	112

MEDITACIONES

1. Clausura del Año de la Familia (26-VI-2022)

Me da alegría poder enviar este mensaje y unir me también así al Papa, que ha convocado este año especialmente dedicado a la familia. Un año que termina con el encuentro que tiene como tema: “El amor familiar: vocación y camino de santidad”.

Hoy, 26 de junio, la coincidencia con la fiesta de san Josemaría nos invita también a agradecer a Dios que haya querido que la Obra fuera, dentro de la Iglesia, una pequeña familia; pequeña no porque seamos pocos sino por nuestra unión y por la cercanía que procuramos vivir.

A la vez, no queremos ser una familia encerrada en sí misma. Deseamos hacer del mundo un hogar, acercar a las personas a Dios que es Padre y a la Iglesia que es Madre. Me va ahora el recuerdo a aquellos primeros jóvenes que se acercaron a nuestro Fundador: se encontraban felices y fortalecidos en el ambiente de familia que se generó en «El Sotanillo», aquel café donde se reunían, pues no había aún centros de la Obra.

Es muy bueno que sintamos la gozosa responsabilidad de ser continuadores de ese ambiente y calor de familia en las labores apostólicas, en el acompañamiento y cuidado de los ancianos y enfermos, en el clima de confianza y fraternidad con las personas del propio centro.

Los supernumerarios tenéis una gracia especial para «hacer familia» allí donde os encontréis. En primer lugar, en vuestras casas, procurando que sean «hogares luminosos y alegres», a pesar de las dificultades y sufrimientos que acompañan nuestro camino en la tierra. Tenéis toda la gracia de Dios para llevar adelante la familia con la alegría que nos da el sabernos hijos de Dios y con la luz de la fe y de la vocación. A su vez, llevaréis ese espíritu de familia a vuestro grupo y a vuestro centro, viviendo esa bendita fraternidad que hace que os deis continuamente a los demás, estando muy cerca de los que más necesiten vuestro cuidado y compañía.

San Josemaría transmitía a sus hijos el convencimiento del poder transformador de la familia en la sociedad, su capacidad para construir una sociedad más humana, más acorde a la dignidad de los hijos de Dios. Le gustaba poner de ejemplo a las familias de los primeros cristianos, que eran focos de evangelización.

Pidamos a la Sagrada Familia la fuerza para renovar con esperanza nuestra vida familiar y para acompañar a otras familias, especialmente a las que de formas diversas experimentan mayores dificultades y sufrimientos. Todas han de estar presentes en nuestra oración, especialmente en esta fiesta de hoy. Nada nos es indiferente o ajeno a los cristianos, porque, como nos dice san Pablo, «todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor 3,23).

[Volver al índice](#)

2. Comienzo del curso académico en Roma (8-X-2022)

Colegio Romano de la Santa Cruz

El comienzo del año académico es siempre una nueva oportunidad para acudir al Espíritu Santo. Podemos pedirle que renueve en nuestras almas el agradecimiento por la formación que recibimos y, a la vez, que nos aumente el deseo de aprender. Llevamos años de formación en la Obra. Por eso, es bueno aprovechar el comienzo de curso para redescubrir e identificarnos más con nuestro espíritu.

La formación se dirige por igual a la inteligencia, al corazón y a la voluntad: a toda nuestra vida. Que lo que vamos aprendiendo nos lleve a conocer, amar y sentir como muy nuestro el espíritu y la vida de la Obra.

Pedimos que el Espíritu Santo venga sobre nosotros como en Pentecostés. Que sea también para nosotros como un fuego purificador y un viento impetuoso. Así lo fue para los Apóstoles. Ellos, que estaban asustados, se transformaron completamente por el Espíritu Santo y se lanzaron a transmitir la verdad de Dios. Nosotros también pedimos ahora al Señor una nueva venida del Paráclito en nuestras almas, para que impulse y guíe todo nuestro día.

Fuente de seguridad

«Cuando venga el Paráclito —había anunciado el Señor— que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí» (Jn 15,26). El Espíritu Santo da testimonio de que Cristo es el Hijo de Dios; y también da testimonio en nuestras almas de que nosotros, por la gracia, somos hijos de Dios en Cristo. Filiación que es fundamento de nuestro espíritu. Esa es nuestra fuerza y nuestra seguridad: sabernos amados por un Padre que todo lo sabe y todo lo puede. Al experimentar nuestras limitaciones y dificultades, pidamos al Espíritu Santo que imprima más profundamente en nuestras almas la gozosa seguridad de que somos hijos de Dios.

Recordamos bien cómo nuestro Padre experimentó de un modo especialmente vivo este sentido de la filiación divina en 1931. Años después, escribía en una de sus cartas: «Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!*». Sabemos también que estaba pasando muchas dificultades. Y allí entendió más intensamente que la seguridad no residía en sus fuerzas, sino en ser hijo de Dios. Este descubrimiento, que el Espíritu Santo le hizo ver en un tranvía, nos ayuda a nosotros a vivir como hijos de Dios, en la vida ordinaria, siempre y en todo lugar.

La filiación divina es la fuente de nuestra seguridad, de la verdadera alegría. Cuando se asome a nuestra vida la tristeza, será el momento de actualizar la fe en el amor de Dios por nosotros para recuperar la alegría.

La verdad de nuestra vida

«También vosotros daréis testimonio —dice el Señor— porque desde el principio estáis conmigo» (Jn 15,27). Estas palabras nos traen a la memoria la inmensa labor apostólica que tenemos por delante. No solo en los encargos concretos, sino siempre. Toda nuestra vida tiene una dimensión apostólica; por la comunión de los santos, podemos apoyar e impulsar el apostolado de la Obra en todo el mundo. Este testimonio lo daremos, como dice el Señor, porque desde el principio estamos con él. Y estamos verdaderamente con Jesucristo por la acción del Espíritu Santo. Estar con el Señor es la raíz de toda nuestra eficacia. Él nos ha llamado, como a los Apóstoles, para que, estando con él, vayamos por todo el mundo anunciando el Evangelio.

El estudio y la formación nos ayudan a conocer mejor a Dios y a tenerlo más metido en nuestros corazones. Para conocer y, sobre todo, para amar. Aunque sea una verdad inmensa e infinita, que nunca podremos llegar a alcanzar del todo, siempre podemos ir progresando. Por eso, podemos decir al Señor: danos una fe más grande en que eres amor, y que ese amor está en nosotros. Que nos convenzamos más de esta verdad y que pongamos nuestra seguridad en el amor de Dios por nosotros.

El Paráclito, espíritu de verdad, nos guía para conocer más a Dios, y también para conocernos mejor a nosotros mismos. El conocimiento propio es base de la humildad. No se trata solo de saber nuestros límites y nuestra miseria,

sino también nuestra grandeza. Valemos muchísimo: toda la sangre de Cristo. Por eso, cuando experimentemos nuestra miseria, pensemos también en todo lo que valemos. Así, la experiencia de nuestros muchos límites no nos apoca, no nos quita fuerza, no nos entristece, pues irá unida a la seguridad de nuestra grandeza fundamentada en el amor de Dios por nosotros. Esa es la verdad más alta de nuestra vida.

Amor a la Iglesia y a la Obra

Pedimos también al Espíritu Santo que nos aumente el amor a la Iglesia, pueblo inmenso, constituido por muchos pueblos. La Iglesia es Cuerpo de Cristo y sacramento universal de salvación, pero se nos presenta también como un conjunto de hombres débiles: nosotros mismos. Que, al descubrir las limitaciones, resuenen en nuestros corazones esas palabras de nuestro Padre: «La Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia» (*Es Cristo que pasa*, n. 131).

Pensar en la Iglesia nos lleva también a considerar la figura del Romano Pontífice, sucesor de Pedro, que tiene en ella la misión de ser principio visible de unidad y de comunión. Las dificultades que tiene que afrontar nos llevan a rezar mucho por él: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*, como hemos aprendido de san Josemaría.

Queremos comenzar este nuevo curso académico con espíritu joven; con afán de profundizar también en el espíritu de la Obra, en la vida y en los escritos de nuestro Padre. Que tengamos una especial responsabilidad de formarnos, no para ser superhombres —pues no lo somos ni lo seremos—, sino para ser elementos de unidad. Unidad especialmente con el origen. Conforme van pasando los años, nos vamos alejando, desde un punto de vista temporal, del origen de la Obra, de nuestro Padre. Pero, en realidad, no nos alejamos, pues nos sigue acompañando desde el cielo. Y, por nuestra parte, tenemos la responsabilidad de estar muy unidos al origen. Así seremos más capaces de servir a la Iglesia haciendo el *Opus Dei*.

Abramos más y más nuestras almas a la gracia del Señor, para que nos ayude a cuidar la Obra, como la cuidó nuestro Padre y nuestros primeros hermanos. Y lo haremos con nuestra vida, luchando por encarnar el espíritu de Casa, en lo grande y en lo pequeño. La Obra son las almas, la nuestra y la de

nuestros hermanos. Por eso, cuidar la Obra es sobre todo cuidar a los demás, vivir la fraternidad, defender la unidad entre todos, sabiéndonos responsables de la labor en todo el mundo.

En aquel día de Pentecostés, la Virgen había reunido a los Apóstoles. Ella, Madre de la Iglesia y Reina del Opus Dei, nos conseguirá del Señor una nueva efusión del Espíritu Santo, que nos haga más *ipse Christus*, y así más apóstoles.

[Volver al índice](#)

3. Aniversario del nacimiento de san Josemaría (9-I-2023)

Iglesia prelaticia de Santa María de la Paz, Roma

Levantamos hoy nuestro corazón a Dios, para agradecerle la santidad de nuestro fundador. Sabemos que nuestro Padre se consideraba un «instrumento inútil», pero nosotros le damos gracias al Señor por haber sido un instrumento fiel.

Ahora, hablando con san Josemaría, que nos escucha desde el cielo, le felicitamos por su cumpleaños y dirigimos también una felicitación a los abuelos, por el nacimiento de su hijo. Y nos felicitamos también a nosotros mismos, porque la vida de nuestro Padre tiene mucho que ver con nosotros. Era el inicio visible de una historia de Dios, que es también historia nuestra. Y repetimos aquellas palabras que tantas veces pronunció, mientras barruntaba la voluntad de Dios: «*Ut videam! Ut sit!*». Hacemos nuestras esas peticiones: que veamos el sentido de todas nuestras acciones, de nuestra vida, de nuestro trabajo. Queremos ser protagonistas de la misma aventura que Dios encomendó a nuestro Padre.

Pedimos al Señor que nos ayude a ver en la vida de san Josemaría, no un modelo lejano e inimitable, sino el origen mismo de nuestra vocación. El principio visible e instrumental de nuestra llamada. Que lo veamos siempre muy presente, muy próximo, y no como una figura del pasado. Que sintamos la responsabilidad de transmitir a las generaciones que vengan esta realidad: nuestro Padre es hoy y ahora nuestro Padre.

La mirada fija en el futuro

Desde su nacimiento se estuvo preparando para recibir aquel encargo divino, que llegó cuando apenas contaba con veintiséis años y —como le gustaba añadir— «con la gracia de Dios y buen humor». Una llamada que suponía un gran peso, que sobrellevó con una juventud de espíritu que conservó toda su vida. Aunque pasaran los años, mantuvo siempre ese espíritu joven que

le impulsaba a vivir con crecimiento permanente, pues el joven es quien desea crecer.

Nosotros, tengamos la edad que tengamos, queremos vivir siempre con ese espíritu de juventud. El joven siempre recomienza, no se detiene ante el desaliento, no piensa que ya no hay nada más que hacer. Los jóvenes tienen la mirada fija en el futuro, hacia delante. Los que han perdido la juventud de espíritu, miran mucho hacia atrás, contando siempre historias del pasado. Nuestro Padre jamás dejó de mirar hacia delante con ilusión, con la experiencia que le daba lo vivido y con esa gran juventud de espíritu.

Le pedimos hoy al Señor, por la intercesión de san Josemaría, vivir siempre con ese espíritu. Que seamos todos jóvenes. Que tengamos el empuje para crecer, para no estar de vuelta, para tener siempre la esperanza y la alegría de que hay un futuro mejor. Y esto implica también una juventud en la conciencia de la divinidad de nuestra vocación; es decir, saber que es algo permanente, que el Señor nos está siempre llamando. Queremos y deseamos estrenar nuestra vocación cada día, respondiendo a esa llamada con un espíritu joven. Podemos volver al entusiasmo de nuestros primeros pasos en la Obra; un entusiasmo que ahora debe ser mayor: más profundo, con más fundamento, con mayor conocimiento.

«No esperéis a la vejez para ser santos», escribió nuestro Padre. Esta juventud que deseamos para nuestra vida es la del saber vivir el hoy y ahora. Descubrir en el momento presente el posible encuentro con Dios, el servicio a los demás, «sin acordarte de “ayer”, que ya pasó, y sin preocuparte de “mañana”, que no sabes si llegará para ti», como decía san Josemaría. Lógicamente, contamos con la experiencia pasada y sabiendo hacer planes de futuro, pero sabiendo que es el hoy, el presente, lo que realmente tenemos entre manos: esto es lo que realmente cuenta, lo que tenemos que santificar.

Juventud es también tener deseos de aprender. Pedimos al Señor que tengamos el alma abierta a seguir aprendiendo, aunque tengamos ya mucha experiencia. Que vayamos a los medios de formación y a nuestra oración personal con hambre de aprender y de conocer más a Dios. Queremos ser jóvenes e incluso niños, con ese anhelo por conocer y crecer en el amor al Señor. La formación no es un lujo, o algo solo para ciertas etapas de la vida: es para siempre y para todos. Por eso aspiramos a aumentar nuestro

conocimiento y, sobre todo, nuestro amor, para renovar el afán por hacer la Obra con nuestra vida.

La única arma

Además de la juventud, nuestro Padre contaba con la gracia de Dios. Nos enseñó a que centráramos nuestra vida en la Eucaristía, con un empeño permanente para que el encuentro con Jesucristo en la Misa fuera la fuerza de nuestra vida. Que seamos cada vez más conscientes de lo que significa la Sagrada Eucaristía: el Señor que se nos da.

Nuestro Padre era, sobre todo, un hombre enamorado de Jesucristo. Tenía una actitud profunda de agradecimiento por los dones que recibía de Dios, especialmente por el de la Eucaristía. Podemos pedirle que nos ayude a vivir cada día más centrados en la Misa, que sea para nosotros una realidad más real, más viva.

Queremos también aprender de nuestro fundador la fuerza de la oración, que es el arma para sacar todo adelante. Fue así como salió la Obra. Y podemos preguntarnos: ¿es de verdad la oración mi única arma? Para eso, deseamos transformar todo en oración. En primer lugar, el trabajo. Siempre podemos profundizar más en esta realidad. Pero tenemos que contar con que todo es don de Dios, que de él proviene nuestra fuerza. Es él quien hace la Obra, también en nosotros.

Tenía nuestro Padre veintiséis años, la gracia de Dios y también la alegría, el buen humor. Solía estar siempre muy contento. Un hijo de Dios puede sufrir y puede llorar, pero contando con la gracia de Dios no cabe en él la tristeza. Dirigimos ahora una súplica más al Señor: que nos ayude a estar siempre contentos, a recuperar siempre que sea necesario la alegría. Una alegría que es compatible con el sufrimiento, con que no salga todo bien, con las ordinarias dificultades del día a día. Pues la alegría, nos repetía san Josemaría, «tiene raíz en forma de cruz» y nace de la seguridad del amor que Dios nos tiene. Así lo experimentó nuestro fundador a lo largo de su vida: se le veía contento, también durante las grandes dificultades que tuvo que vivir. Así lo vemos en la Legación de Honduras. Cuando parecía que todo se derrumbaba, él buscaba levantar el ánimo de todos. Podemos ser capaces, con la ayuda del Señor, de mantener el buen humor, pase lo que pase, también en la enfermedad y en los malos momentos.

Acabamos nuestra oración pidiendo a san Josemaría la juventud de espíritu, la confianza en la gracia de Dios para hacer la Obra y que no nos falte nunca el buen humor. Y se lo pedimos con la seguridad de que contamos con su ayuda, pues sigue siendo nuestro Padre, con la certeza de que nos quiere más que cuando estaba en vida, con «corazón de padre y de madre».

[Volver al índice](#)

4. Aniversario de la sección de mujeres y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (14-II-2023)

Iglesia prelatia de Santa María de la Paz, Roma

Día de acción de gracias que queremos comenzar —también en este rato de oración— actualizando ese propósito que nos decía nuestro Padre: «*Ut in gratiarum semper actione maneamus*»¹, que permanezcamos siempre en acción de gracias. Y esto es así porque siempre, continuamente, tenemos motivo, Señor, para darte gracias por tanto, por tanto..., por mucho más de lo que sabemos; porque en toda nuestra vida —también en aquellos momentos que de un modo u otro nos puedan parecer negativos por dificultades— siempre ha estado el amor de Dios cuidándonos, protegiéndonos.

Y hoy, especialmente, damos gracias al Señor por nuestra vocación, por esa fecha del 14 de febrero del año 30 y del 14 febrero del año 43. Un doble aniversario de esas gracias especialísimas de Dios para el mundo, para la Iglesia, para cada uno de nosotros. Porque hemos de verlo así, no verlos como hechos muy admirables del pasado, sino como hechos que tienen un influjo evidente en nuestra vida personal, y no solo a partir del año en que nosotros nos incorporamos a la Obra, sino desde siempre, porque el Señor pensaba en nosotros desde siempre y en esas fechas estábamos presentes nosotros.

Te damos gracias, Señor, porque piensas en nosotros, porque nos cuidas constantemente. Y damos especialmente gracias por las mujeres en la Obra, por los sacerdotes en la Obra. Y especialmente hoy querríamos darte gracias, Señor, por la unidad: hombres, mujeres, sacerdotes, laicos. Es un trocito de la Iglesia, pero que tiene una gran unidad dentro de la variedad: una unidad de vocación, una unidad de labor apostólica —con la separación que tú quieres, Señor, pero siempre con una unidad que es propia de una familia—

¹ San Josemaría, *Via Crucis*, 6.ª Estación, pto 4.

. Hoy también recordamos un aniversario del 14 febrero del año 38 cuando nuestro Padre dijo que se comenzase a rezar el *Oremus pro Patre* en las Preces. Filiación, fraternidad: es un gran don de Dios la realidad de la unidad de la Obra. Y dando gracias al Señor en este aniversario doble, también te damos gracias, Señor, por la unidad. Y damos gracias a nuestro Padre. Ciertamente a la Santísima Virgen, por la que nos vienen todas las gracias, incluida la de la vocación, la gracia de la misma Obra de Dios, querida por Dios, puesta en acto por la voluntad de Dios en nuestro Padre, pero —como toda gracia— con la intercesión de Nuestra Madre Santa María, que es Madre del Opus Dei, Reina del Opus Dei.

Y gracias a nuestro Padre como instrumento fiel. Que, desde el primer momento y ya antes, cuando barruntaba, cuando sentía, presentía, ese querer de Dios sin saber lo que era, puso todos los medios; y después todos los medios para sacar la Obra adelante en momentos tan difíciles... A través de una guerra tremenda, con poca gente, teniendo que recomenzar desde el principio hasta materialmente. Siempre fiel.

Aquí, junto a sus restos, vamos a darle muchas gracias a nuestro Padre en este día especialmente por su fidelidad, por cómo supo poner todos los medios de oración, de trabajo, de mortificación, de impulso apostólico para sacar la Obra adelante, para sacarnos adelante a nosotros. Quizá en ocasiones pensamos: ¿qué sería de mi vida si yo no hubiera sido de la Obra? Quizá en alguna ocasión somos tan tontos que podemos pensar que sería una cosa estupenda, pero sería en cualquier caso un desastre comparado con lo que somos ahora. Por dificultades que podamos encontrar, por experiencia que tengamos de nuestros límites..., te damos gracias, Señor, por la Obra, por la sección de mujeres, por los sacerdotes, te damos gracias por nuestra vocación personal, porque es un don inmenso, un don inmenso. *Gratias tibi Deus, gratias tibi!* Que sea hoy un día en que esta conciencia, esta seguridad, de estar llenos del amor de Dios, del don de Dios, de la llamada de Dios, nos mueva a una acción de gracias más intensa; no solo con palabras: también con palabras, pero sobre todo con la actitud del alma, con la alegría de sabernos amados por Dios, elegidos por Dios. Por tanto, no fundando esta alegría nuestra en nuestras virtudes, en nuestra capacidad, sino en el don de Dios.

Unidad: hombres, mujeres, sacerdotes, laicos; cada uno en su sitio, pero todos con la misma vocación, con la misma misión apostólica, con el mismo espíritu. Una unidad que hemos de vivir siendo familia, siendo familia... Por tanto, esa unidad es una unidad —como toda unidad verdadera, humana— fundamentada en la caridad. Cuántas veces nuestro Padre insistía y nos decía con fuerza ese: «¡Que os queráis, que os queráis!»². Y algunas veces recordaba unas palabras de san Juan en una de sus epístolas, cuando afirma: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida en que amamos a los hermanos»³. Es un eco de las palabras del Señor, del mandamiento nuevo: «Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado»⁴.

Habiendo recibido el tesoro de la Obra en nuestras manos, depende de cada uno de nosotros que este tesoro se mantenga: fructifique en tantas almas y se mantenga fiel a lo largo de los tiempos. Y depende también, lógicamente, de que mantengamos algo tan esencial como es el aire de familia, el cariño, la caridad y la unidad. Escuchamos a san Pablo cuando escribe a los Efesios —y nos lo dice a nosotros también—, cuando estaba ya prisionero: «Os ruego yo, el prisionero por el Señor, que viváis solícitos para conservar la unidad de espíritu con el vínculo de la paz, siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, así como habéis sido llamados a una sola esperanza, la de vuestra vocación»⁵. La vocación nos lleva a vivir con una gran esperanza y nos mueve precisamente a la unidad. A una unidad en torno al Señor, que es quien nos da la capacidad de querer de verdad a los demás, sin distinciones. Es la fuerza que nos mueve a promover siempre lo que une y a rechazar lo que separa. Recordamos también cómo nuestro Padre quiso poner en el oratorio del Consejo aquí en Roma, en Villa Tevere, esas palabras del Señor: «*Consummati in unum*»⁶. Y comentaba: «Todos con Jesucristo somos una sola cosa»⁷. Es un día estupendo, hoy, para pedir al Señor que nos sintamos una sola cosa, y que nos comportemos en consecuencia. Que todo lo de los demás sea muy nuestro; no permitamos que nadie en Casa sienta la amargura de la indiferencia. Y que nunca seamos tan tontos de sentir una indiferencia

² ID., *Forja*, 454.

³ 1 Jn 3, 14.

⁴ Jn 13, 34.

⁵ Cfr. Ef 4, 1-4.

⁶ Jn 17, 23.

⁷ San Josemaría, *Carta 29-IX-1957*, n. 83.

que no existe hacia nosotros, porque nos quieren y nos comprenden, al igual que nosotros procuramos comprender y querer a los demás.

Ut omnes unum sint! Una unidad que es de familia, pero una familia abierta, que quiere desarrollarse, que quiere crecer. Por tanto, es una unidad que se desborda continuamente en afán apostólico. El Señor quiso que la Obra, tanto en el año 28 como en el año 30 —y de algún modo también en el 43, pero muy especialmente en el 28 y el 30— quiso que naciera en momentos muy difíciles para la humanidad —concretamente para España, donde quiso que naciese la Obra, aunque ya con un espíritu, con una realidad universal. Momentos difíciles. Y no nos tenemos nunca que asustar por estos momentos. La situación actual también es difícil. Siempre habrá dificultades: para la labor, en un sitio o en otro, dificultades personales nuestras también, pero no nos tenemos nunca que asustar, ni mucho menos desalentar o desanimar por las dificultades que la Obra, que nosotros, cada uno personalmente, encontremos en nuestra vida personal, en la labor apostólica, en nuestro trabajo. Al conocer tantas situaciones difíciles —también tragedias en el mundo, como hay actualmente y las ha habido siempre, de un modo o de otro—, no las veamos nunca como algo ajeno. Terremotos, guerras, persecuciones. Todo es nuestro, todo es nuestro. Y eso no nos mueve al desaliento, sino a la oración, a intensificar nuestra unión con el Señor, nuestro afán de almas, a desagaviar, a rezar... Y siempre con alegría, sin perder la esperanza. Sabiendo que tendremos siempre la gran arma de la oración. La gran arma del trabajo convertido en oración. La gran arma del *Deus nobiscum*, que Dios está con nosotros siempre. El arma de la oración para hacer la Obra. Tantas veces lo hemos recordado —como con mucha frecuencia decía nuestro Padre—, no tenemos otra arma que la oración para hacer la Obra. Por eso hoy también es un día para que, sintiendo la gozosa responsabilidad de hacer el Opus Dei cada uno en nuestra vida personal, veamos cómo estamos usando esa arma, la única que tenemos: la oración. Sabiendo, además, que la oración tiene que ser también oración de los sentidos, espíritu de penitencia, mortificación. No es una simple coincidencia, sino que es providencia de Dios —lo sabemos bien—, que el Señor quisiera poner en la Obra el sello de la Santa Cruz, ese 14 de febrero del año 43. Conocemos cómo nuestro Padre, desde el principio, se mortificó mucho para sacar adelante la Obra, con unas mortificaciones muy fuertes, tan fuertes que decía que nosotros no debíamos hacer tanto, pero sí que tenía

que permanecer el espíritu, la mortificación constante en lo pequeño y ordinario.

La primera lectura de la Misa de hoy, del libro del Eclesiástico, recoge unas palabras atribuidas a la sabiduría de Dios —proféticamente se refieren a la Virgen y la Iglesia así lo aplica en la liturgia—: «Yo soy la madre del amor hermoso... y la madre de la santa esperanza»⁸. Y sí, hemos de tener esperanza pensando en la Obra, pensando en el mundo, también en las dificultades que hay en todas partes. Llenos de esperanza, acudiendo a la Virgen que es Madre de la Esperanza porque es Madre de Cristo, y Él es nuestra esperanza. Nuestra esperanza no está puesta en nuestras fuerzas, en nuestros medios, está puesta en el Señor, porque Él es nuestra esperanza. Y la Virgen es la Madre de la Esperanza, la Madre de Cristo, Madre Nuestra.

Dios es el fundamento de nuestra esperanza, Cristo Señor nuestro. La esperanza para cada uno de nosotros de ser fieles, de ser santos, de llegar a lo que el Señor quiere que seamos: santos de verdad. Tantas veces la experiencia de nuestros límites, de nuestros defectos, nos puede hacer pensar —si no de un modo explícito, sí como actitud de fondo— que es una meta bonita, pero santos, santos, no vamos a llegar a ser nunca. Y estamos equivocados, porque en el Cielo solo entran los santos —quizá a través del purgatorio—, pero tenemos que ser santos, lo quiere el Señor, nos da los medios, esta es su voluntad. No nos desalentemos nunca por nuestros límites personales. Podemos decir —no con un acto de soberbia, sino de confianza en el Señor— lo mismo que los apóstoles: «*Possumus!*»⁹, podemos, puedo. Cada uno de nosotros podemos decir: Señor, ¡puedo ser santo! Cada una de vosotras puede decir: ¡Puedo ser santa! Voy a ser santa porque Dios lo quiere, porque me ha dado los medios, porque la santidad no va a consistir en llegar al final de la vida siendo «de museo», sin defecto alguno. Tendremos defectos, pero podemos crecer siempre en el amor. Nuestro Padre nos decía que santo es el que lucha. Podemos llegar a cumplir lo que el Señor ha querido con la Obra: nuestra santidad, la de tantas personas, también a través de nuestra labor, de nuestro trabajo.

Esperanza de ser santos y también esperanza para el mundo, esperanza apostólica. Tenemos una tarea inmensa por delante, y tienen que resonar en

⁸ Cfr. Si 24, 18.

⁹ Mt 20, 22.

nuestra mente, muy frecuentemente, esas palabras de nuestro Padre: «el cielo está empeñado en que la Obra se realice»¹⁰. Cuando experimentemos las dificultades: el cielo está empeñado en que se realice. Y nosotros también, Señor, queremos estar empeñados. En primer lugar, con nuestra fe, con nuestra esperanza. Esa fe de la que nos habla con estas palabras san Pablo —y nuestro Padre quiso hasta grabarlas en piedra en una de las puertas de estos edificios—: «*Semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino*»¹¹, hemos de estar siempre convencidos de que nuestro trabajo nunca es inútil ante Dios, que nada se pierde —también lo decía así nuestro Padre—, nada se pierde. Que tengamos esperanza.

Vamos a pedir a la Virgen, por intercesión de nuestro Padre, que seamos gente de esperanza, que no nos desanimemos. Y con san Pablo rezamos así: «Que el Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en la fe, para que abundéis en la esperanza con la fuerza del Espíritu Santo»¹². Es una oración que hacemos nuestra. El Dios de la esperanza: Dios es Dios de la esperanza, el que nos da la esperanza, Él es nuestra esperanza. No son nuestros méritos, nuestras virtudes; es el Señor nuestra esperanza. Que el Dios de la esperanza nos colme de toda alegría —se lo pedimos así—, que nos llene de toda alegría y de paz en la fe, en la seguridad, con la fuerza del Espíritu Santo. Alegría y paz, *gaudium cum pace, gaudium cum pace...* Te lo pedimos Señor, por intercesión de nuestro Padre, hoy, ahora, para nosotros, para todas nuestras hermanas, para todos nuestros hermanos: la alegría y la paz. Una alegría y paz fundamentadas en el Señor, en la Virgen, que es Madre de la Santa Esperanza.

Y ella es —lo leemos también este texto de la primera lectura— esa *Mater pulchrae dilectionis*, Madre del Amor Hermoso. Pero añade el texto sagrado que es también Madre del dolor. Un amor hermoso que va unido al dolor. Y el Evangelio de la Misa es ese episodio en el que el Señor se queda en el Templo sin avisar a la Virgen y a san José. Al llegar el momento de retirarse, pensaban que el Niño —ya con 12 años— estaría con amigos dentro de la caravana, pero no lo encuentran. Empiezan a buscar y no lo encuentran en ningún sitio. Tres días buscando. Tantas veces lo hemos meditado así. Y

¹⁰ San Josemaría, *Instrucción*, 19-III-1934, n. 47.

¹¹ 1 Cor 15, 58 (“Sabido que en el Señor vuestro trabajo no es vano”).

¹² Rm 15, 13.

cuando lo encuentran la Virgen se queda sorprendida: «¿Por qué nos has hecho esto?»¹³. Porque lo encuentran y no es que se hubiera perdido, sino que se había quedado porque había querido quedarse allí, tan tranquilo. Y ante esa pregunta, la respuesta es todavía más incomprensible: «¿Por qué me buscabais?»¹⁴. Y el Evangelio lo dice claramente: la Virgen y San José no entendieron al Señor¹⁵. Nosotros, Señor, hoy te pedimos también que no nos extrañe no entenderte a veces. Cuando no entendamos la providencia del Señor —tus planes, lo que sucede en el mundo, lo que pasa en nuestra propia vida—, que hagamos como la Virgen: transformar eso en motivo de oración¹⁶, en amor. Amar lo que no entendemos. Ella, como es Madre del Amor hermoso, nos enseña a amar también sin entender. Porque entonces se alcanza un conocimiento más grande. Decía nuestro Padre —lo recordaréis bien— que «el amor es sapientísimo»¹⁷. Y cuando amamos, acabamos entendiendo, con un entender que quizá no es un entender puramente intelectual, pero es un entender de sintonía espiritual. Estamos en sintonía con Dios, aunque no entendamos. Y es una gran sabiduría estar en sintonía con los planes de Dios cuando no los entendemos. Madre nuestra, Madre del Amor Hermoso, ayúdanos a tener ese amor que nos haga entender, tener un entendimiento que nos lleve a no desconcertarnos, a no inquietarnos por lo que no acabamos de entender, por lo que humanamente nos desconcierte inicialmente.

Madre del Amor Hermoso, ayúdanos también a querer, a que nuestro amor sea hermoso, que sea un amor sacrificado, un amor que nos llene de alegría, que se vuelque en fraternidad, en comprensión, en espíritu de servicio. Ese amor hermoso —Madre nuestra, nos lo tienes que conseguir tú— que aumente cada vez más, que nos lo conceda el Señor, el Espíritu Santo. Un amor hermoso que nos lleve a comprender más, también a perdonar, que llegue —tantas veces lo hemos considerado así en nuestra vida— el momento en que no necesitemos perdonar porque nunca nos sintamos ofendidos. Por tanto, que queramos a los demás, que no nos sintamos ofendidos. Lo decía así nuestro Padre, lo recordáis bien, cuando aseguraba:

¹³ Lc 2, 48.

¹⁴ Lc 2, 49.

¹⁵ Cfr. Lc 2, 50.

¹⁶ Cfr. Lc 2, 51.

¹⁷ Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá (Entrevista con Salvador Bernal)*, Rialp, 2.ª ed. Madrid 2000, p. 261.

«yo no he necesitado aprender a perdonar porque el Señor me ha enseñado a querer»¹⁸.

Señor, te pedimos, por intercesión de nuestro Padre, que nos enseñes a querer, que la Virgen Santísima nos consiga del Señor ese amor hermoso que es fraternidad, que es entrega, que no es sensiblería, sino espíritu de servicio, que es sentir de verdad las necesidades ajenas como nuestras. Madre Nuestra, Madre de la Santa Esperanza, Madre del Amor Hermoso, llénanos a nosotros, como don de Dios, cada vez más, con una esperanza grande y con un amor muy hermoso, que nos lleve a estar muy contentos siempre dándonos a los demás, sacrificándonos por los demás.

[Volver al índice](#)

¹⁸ San Josemaría, *Surco*, 804.

HOMILÍAS

5. Jueves santo (14-IV-2022)

Iglesia prelaticia de Santa María de la Paz, Roma

«Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo». En estos días del Triduo Pascual vamos a rememorar ese «amor extremo» de Jesús. Un amor que no es abstracto, sino concreto, manifestado constantemente durante su existencia terrena.

¿Cómo demuestra Jesús ese amor sin límites? En primer lugar, san Juan señala que echó agua en una jofaina y se puso a lavar los pies a sus discípulos. Jesús realiza un trabajo propio de esclavos. Ya lo había dicho él mismo anteriormente: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt 20,28). Cuando los apóstoles discutían sobre quién sería el mayor, Jesús dijo que «quien entre vosotros quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo» (Mt 20,27). Con este gesto de lavar los pies, el Señor se hace servidor de todos. «Mientras los grandes de la Tierra construyen “tronos” para el poder propio –dice el Papa Francisco–, Dios elige un trono incómodo, la cruz, de donde reinar dando la vida». El servicio no es algo humillante, sino que es lo más elevado que podemos hacer, pues encarna el estilo de vida de Cristo.

Pero el amor de Jesús no se quedó solamente en este gesto. En la segunda lectura, hemos escuchado el relato de la última cena de la mano de san Pablo. «En la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”» (1 Cor 11,24). Jesús se ha quedado con nosotros para siempre. San Josemaría usaba la imagen de las fotografías entre enamorados como símbolo que recuerda a la otra persona cuando la vida las ha separado. Pero lo que Jesucristo nos ha dejado no es una simple imagen o un recuerdo: «se queda él mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres» (*Es Cristo que pasa*, n.83).

Jesús conoce nuestras debilidades; al hacerse hombre, ha querido experimentar los límites de la naturaleza humana, a excepción del pecado. Sabe que atravesamos dificultades y sufrimientos. Por eso, su amor extremo le llevó a darse a sí mismo como alimento, que nos fortalece. Cada vez que le recibimos nos unimos a él, nos transformamos en quien es amor vivo. «Cuando nos alimentamos con fe de su Cuerpo y de su Sangre, su amor pasa a nosotros y nos capacita para dar (...) la vida por nuestros hermanos y no vivir para nosotros mismos» (Benedicto XVI, Audiencia, 18-III-2007).

En la primera lectura, hemos recordado la institución de la cena pascual, memoria de la liberación de la esclavitud en Egipto. Se trata de una imagen profética de la Pascua de Cristo, que libera al mundo del pecado. La Pasión es el culmen del amor extremo de Jesús por los hombres: «Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Un padre, cuando ve a su hijo sufrir, sufre con él, y hace todo lo que está en su mano para aliviar ese dolor. Y Dios, al vernos esclavos del pecado, no dudó en mandar a su único Hijo para darnos una liberación más profunda que la que vivió el pueblo de Israel: la libertad de los hijos de Dios. Ya no estamos a merced del maligno. Jesús, con su Pasión, ha derrotado al príncipe de este mundo. Y ahora también nosotros podemos repetir con san Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

Jesús nos ama hasta el extremo. Sin límites, pero de modo concreto. Nos lava los pies en cada confesión, purificándonos de nuestros pecados. Se nos ofrece como alimento en la Eucaristía, para que encontremos fuerzas en la lucha diaria para vivir como hijos de Dios. Hoy podemos pedirle a nuestra Madre Santa María que sepamos acoger sin límites ese amor extremo de su Hijo.

[Volver al índice](#)

6. Viernes santo (15-IV-2022)

Iglesia prelatia de Santa María de la Paz, Roma

Acabamos de leer el relato de la Pasión y hemos acompañado a Jesús desde Getsemaní hasta el Calvario. De entre todos los personajes que aparecen en este camino, querría detenerme en tres, a los que Jesús dirige una mirada especial: Pedro, Juan y la Virgen.

El Pedro que presenciamos aquí es distinto al de la última cena. En aquel momento vimos a un Pedro enérgico, capaz de hacer lo que fuera por el Señor: «Estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y hasta la muerte» (Lc 22,34). Lo había dicho con plena convicción. De hecho, vemos en el huerto de los olivos la puesta en práctica de esta intención: sacó la espada e hirió con ella al criado del sumo sacerdote. Quería defender al Maestro, aun a costa del riesgo que comportaba un gesto como ese.

Sin embargo, en el momento de la prueba, mientras Jesús era interrogado, se muestra incapaz de dar la cara por su Señor, y jura no haberlo conocido. Las lágrimas amargas de después muestran su dolor y marcan el comienzo de su conversión. A partir de entonces no lo fiará todo a sus cualidades, sino a su contrición. Pedro será ahora mucho más Roca que antes porque es más consciente de su debilidad y de la grandeza del amor de Dios. La mirada que le dirigió Jesús, como haría más tarde en la orilla del lago, no es de reproche, sino de confirmación en su papel como cabeza de la Iglesia, «una mirada que toca el corazón y disuelve las lágrimas de arrepentimiento» (Papa Francisco, Homilía, 29-VI-2016).

De Juan sabemos que era «el discípulo amado». Era aquel apóstol adolescente que «quería a Cristo con toda la pureza y toda la ternura de un corazón que no ha estado corrompido nunca» (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n.266). Desde muy pronto, Cristo se había convertido en el centro de su existencia, y por eso nos lo encontramos muy cerca de Él en toda la Pasión hasta la muerte en la cruz. No le importaba que le reconocieran como uno de sus discípulos.

Juan nos muestra así un testimonio valiente y sin complejos que no teme dar la cara por el Señor en el momento más difícil. Lo vemos en medio de la muchedumbre durante el juicio, en la flagelación, en el camino al Calvario. Cuando quizá lo más sencillo habría sido huir, como el resto, él permanece. Sin miedo al ambiente, se muestra tal cual es: un enamorado de Cristo. Jesús, crucificado, seguramente le dirigiría una mirada agradecida por su fidelidad y, sobre todo, por encontrarse cuidando de la Virgen en ese día de dolor. De ahí que exclamase: «Aquí tienes a tu madre» (Jn 19,27).

Esto nos lleva a poner nuestros ojos ahora en la Virgen. Ha llegado el día en que se ha hecho realidad aquella profecía de Simeón: «A tu misma alma la traspasará una espada» (Lc 2,35). No hay dolor como su dolor. Pero no huye. Al igual que su Hijo, que abrazó la cruz que le iba a causar la muerte, ella *abraz*a también su Pasión y acompaña a Jesús en cada uno de sus sufrimientos. «Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12,50). María es la madre de Jesús no solo en sentido físico, sino también por su perfecta unión a la voluntad de Dios, que abraza ahora sin reservas.

La sed que tiene el Señor en esos momentos es sed de nuestra salvación, de nuestra felicidad. Y al contemplar ahora a su Madre, encuentra en ella una mirada de consuelo que alivia esa sed. Con su sola presencia María le ofreció el mayor de los consuelos. Por eso Cristo nos entregó a su Madre, para que nosotros también podamos hallar en ella el mismo consuelo.

Jesús nos dirige también esas miradas a cada uno de nosotros. Cuando como Pedro le negamos, nos mira invitándonos a ser fieles a nuestra vocación de cristianos. Y como a Juan nos mira con cariño agradecido cuando, con corazón indiviso, le seguimos con fidelidad en los momentos más oscuros. Y como a la Virgen, nos mira con la ilusión de encontrar en nosotros el mismo consuelo que halló en su Madre.

[Volver al índice](#)

7. Vigilia Pascual (16-IV-2022)

Iglesia prelatia de Santa María de la Paz, Roma

«El día siguiente al sábado, todavía muy de madrugada, llegaron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado» (Lc 24,1). Las mismas mujeres que habían seguido al Señor hasta la cruz son las que ahora van a embalsamar el cuerpo muerto de Jesús. Un gesto que nadie más se atrevía a hacer por miedo a las autoridades. Ni las gentes que le aclamaron al entrar en Jerusalén, ni tampoco los apóstoles: solamente estas mujeres. Su actitud valiente revela la misión del genio femenino en el mundo, en palabras del Papa Francisco: «Nos enseñan a valorar, a amar con ternura, haciendo que el mundo sea una cosa hermosa» (Papa Francisco, Homilía, 9-II-2017). Mientras el resto de seguidores de Jesús permanecían encerrados en su desesperanza, ellas quisieron tener este último detalle de cariño con el cuerpo del Señor. Estaban convencidas de que así el mundo, aun en medio de la más plena oscuridad, sería un poco más hermoso.

Dios, sin embargo, tenía preparada una sorpresa a estas mujeres. En lugar del cuerpo muerto de Jesús hallaron a dos ángeles que les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?» (Lc 24,5). El que sigue a Cristo con fidelidad se abre a sorpresas de este tipo. Él siempre supera nuestras expectativas, nuestras ilusiones, nuestros planes. Estas mujeres se contentaban con dar un último adiós a su Señor y, de repente, se encuentran con esta noticia: Jesús vive. Tan desconcertadas y atemorizadas se encontraban que se limitaban a estar «con los rostros inclinados hacia tierra» (Lc 24,5). Pero al recordar las palabras de Jesús, en las que decía que convenía que fuera crucificado para que resucitase, el temor se convierte rápidamente en alegría. Y esta fue su reacción: anunciar a todos que Jesús había resucitado. En cierto modo, se puede decir que ellas fueron *apóstoles de apóstoles*.

Esta tarea no fue algo impuesto, sino lo más natural que podían realizar. Es el impulso espontáneo de quien ha recibido un don que llena el corazón y cambia la vida: Cristo vive. Este es el fundamento de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestro amor: Jesús ha resucitado. Ha roto las cadenas de la muerte. El mal ya no tiene la última palabra, sino el Hijo de Dios. Los cristianos, como estas mujeres, comunicamos a los demás esta realidad: Dios nos ha manifestado su inmenso amor en Cristo muerto y resucitado por cada uno de nosotros.

«Lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre –escribe san Pablo–, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6,4). La resurrección de Jesús ha renovado toda nuestra vida. Esta seguridad hace fecundo todo nuestro obrar, aunque muchas veces no sea del todo visible. Esta es la fuerza de la nueva vida de la resurrección.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24,5). Esa nueva vida hace que el centro de nuestras ilusiones y de nuestros deseos más profundos se encuentren en el Señor. Si basásemos nuestra felicidad en las cosas de aquí abajo –en el placer, en el éxito, en la riqueza...– es como si estuviéramos buscando entre los muertos al que vive. Cristo nos invita a mirar hacia arriba, a vivir con la certeza de sentirnos siempre amados por Él. Ese amor, que no cambia, realiza los deseos más profundos de nuestro corazón.

Como decía san Josemaría, la resurrección «nos revela que Dios no abandona a los suyos. (...) Sigue teniendo sus delicias entre los hijos de los hombres». Cristo permanece entre nosotros en su Iglesia, especialmente en la Eucaristía, «la raíz y la consumación de su presencia en el mundo» (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 102). Y permanece también en cada uno, tal como había prometido a los apóstoles: «*Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él*» (Jn 14,23). El cristiano está llamado a la identificación con Cristo: a pensar, reaccionar y actuar como lo haría el Señor; en definitiva, a buscar la unión con Jesús en todo lo que hacemos.

Podemos pensar que la primera persona a la que Jesús resucitado se apareció fue a su Madre. Durante los tres días anteriores ella aguardaría ese momento

con una esperanza que explotaría en alegría al tenerle de nuevo con ella. A la Virgen le podemos pedir que sepamos también estar con Jesús resucitado con esa misma alegría, sabiéndonos abiertas y abiertos a una nueva vida.

[Volver al índice](#)

8. Misa de inauguración del Año académico en Roma (3-X-2022)

Basílica de san Apolinar, Universidad Pontificia de la Santa Cruz

Tras el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés, tras el estruendo del viento y las lenguas de fuego, lo primero que hacen los Apóstoles es una cosa milagrosa y a la vez sencilla: hablan. La primera consecuencia de la llegada del Espíritu Santo es la palabra. Los Apóstoles hablan: y hablan no según sus propias ideas o según lo que la gente quiere o espera oír, sino según lo que el Espíritu Santo les da poder de decir.

No sabemos qué dijeron exactamente en aquel primer momento, pero sí sabemos que dijeron la verdad, porque el Espíritu Santo, como dice el Señor a los Apóstoles en la Última Cena, es el «Espíritu de la verdad» (Jn 16,13). Él es quien nos conduce a la verdad completa. Él es quien, como acabamos de leer en el Evangelio (Jn 14,26), nos enseña y nos recuerda lo que Jesús mismo dijo. Él es quien nos lleva a compartir la verdad con los demás.

En esta Pontificia Universidad de la Santa Cruz estamos comprometidos con la obra de la educación, que está al servicio de la verdad. La universidad existe para comunicar la verdad, para transmitir la verdad a una nueva generación, para difundir la verdad a los demás. Esta universidad existe para transmitir las verdades de la revelación divina, que nosotros mismos hemos recibido de las generaciones precedentes.

Es natural, por tanto, que sea el Espíritu de la verdad, el Espíritu Santo, quien nos guíe en esta tarea. Este es uno de los motivos por los que, al comienzo de cada curso académico, contemplamos estos textos de la Sagrada Escritura y pedimos, en la Santa Misa, que el Espíritu Santo nos asista en el año que comienza: para que nos enseñe y nos recuerde y nos conduzca a la verdad completa.

Sabemos que la misión del Espíritu Santo es una misión de misericordia. Jesús da el Espíritu Santo a los Apóstoles para que vayan por todo el mundo

perdonando los pecados (Jn 20,22-23). Es una de las formas que adopta la misericordia divina. Pero en una universidad la misericordia adopta también otra forma, porque sabemos que la comunicación de la verdad es en sí misma una obra de misericordia: una de las obras de misericordia espirituales. Hoy vivimos en un mundo desesperadamente necesitado de este tipo de misericordia precisamente, la misericordia que se presenta en forma de verdad, de la Verdad que nos hace libres. Nuestro mundo sufre bajo la confusión, la duda y la ignorancia, un sufrimiento a menudo invisible pero no por ello menos real y doloroso. El mundo sufre y la Iglesia sufre con el mundo.

Con la ayuda del Espíritu Santo, consideremos que la educación, la comunicación de la verdad, es una obra de liberación, una verdadera obra de misericordia, una forma de caridad. La educación no se entendería en su auténtica razón de ser si, por parte de quien la ofrece o de quien la recibe, se perdiera de vista ese vínculo con la caridad, pues el Espíritu de la verdad es también el Espíritu de amor, del amor misericordioso. Las verdades sobre Dios, sobre Jesucristo y sobre la Iglesia que profesamos en el Credo, y asimismo las verdades sobre la vida moral, son instrumentos de verdadera liberación, de misericordia. Nos liberan a nosotros y a los demás de los peligros del error y de las tinieblas. Iluminan nuestro camino en el mundo y en la vida.

La dedicación a la verdad que caracteriza el trabajo en una universidad es una tarea noble, un servicio a la Iglesia y al mundo, y debería hacernos santos, como pretendía Nuestro Señor Jesucristo. Durante la Última Cena, Jesús implora a su Padre celestial que «nos santifique en la Verdad» (Jn 17,17-19). La tarea universitaria, por tanto, es santa y debe hacernos santos. Y precisamente porque en la labor educativa nos dedicamos a comunicar la verdad, a compartir esta verdad con los demás, nos hace también apóstoles. Como apóstoles, participamos en la obra santificadora del Espíritu Santo, en el anuncio de la verdad que comenzó en Pentecostés.

El capítulo de los Hechos de los Apóstoles que comienza con la fiesta de Pentecostés termina con los discípulos perseverando «en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones».

Con la ayuda del Espíritu Santo, queremos que este nuevo año de vida de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz esté marcado por la misma perseverancia. Como los primeros cristianos, queremos perseverar en la enseñanza de la verdad, en la caridad sobrenatural vivida como amistad y fraternidad y en la Eucaristía, que es el centro y la raíz de toda la vida cristiana.

Si lo hacemos, experimentaremos lo que experimentaron los primeros cristianos y aprenderemos, como ellos, la lección más importante que —en la universidad o en cualquier otro lugar— cabe aprender: aprenderemos a caminar libremente como hijos de Dios, con la luz de la verdad, en novedad de vida, compartiendo esta Verdad con un mundo necesitado de liberación.

[Volver al índice](#)

9. En la Villa de Guadalupe (28-X-2022)

Quisiera en primer lugar manifestar mi agradecimiento al Señor por poder celebrar la Santa Misa en este lugar santo, en donde las infinitas misericordias de Dios se han manifestado con generosidad divina a través del rostro de Nuestra Señora de Guadalupe. ¡Gracias, Señor, gracias, Madre nuestra!

Acabamos de leer en el Evangelio, estas palabras en las que Jesús se lamenta de la humana dureza de corazón: “¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados...” (Lc 13, 31-35). El Señor encontró dificultades y oposición, que le llevaron hasta la Cruz; una Cruz aceptada por amor a nosotros, por nuestra salvación.

Siempre ha habido dificultades, también ahora, en el mundo, en la Iglesia, en la vida de cada persona, en la de cada uno de nosotros. Especialmente, Jesús se refiere expresamente a la oposición violenta a quienes son enviados por Dios. Aquí podemos reconocernos también nosotros, porque todos los cristianos somos enviados por el Señor, apóstoles, para llevar al mundo la alegría del Evangelio. Y encontramos más o menos dificultades, comenzando por nuestros propios límites y defectos.

Pero no admitamos el pesimismo ni el desánimo. En la Primera Lectura, como a los cristianos de Éfeso, san Pablo nos dirige estas palabras de aliento: “reconfortaos en el Señor y en la fuerza de su poder” (Ef 6, 10-20). Sí, fortalezcamos nuestro ánimo mediante la fe en la asistencia, en la presencia de Dios en nosotros, reconociéndonos hijos de Dios en Jesucristo; hijos de un Dios que es amor y que todo lo sabe y todo lo puede.

San Josemaría tuvo muy grabadas en su alma estas palabras latinas: *Si Deus nobiscum, quis contra nos?* Es san Pablo quien lo escribió: “Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Rm 8, 31). Y el Señor nos asegura, como a los Apóstoles: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin el mundo” (Mt 28, 20).

Uniéndonos a la oración de san Josemaría a la Virgen de Guadalupe en 1970, ponemos en manos de Nuestra Señora todas las necesidades del mundo, de

la Iglesia, de la Obra, de cada uno de nosotros; todas las alegrías y todas las penas. Deseamos que esta oración nuestra sea expresión de una fe viva; una fe más viva que sea fundamento de una esperanza más segura y de una caridad más intensa. ¡Qué consoladoras resultan las palabras que la Virgen de Guadalupe dirigió a san Juan Diego, y que hoy sigue dirigiendo a cada uno de nosotros: “Oye y ten por entendido hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige, no se turbe tu corazón. ¿No estoy aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿no soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?”. Nada ha de quitarnos la paz y la alegría.

Fe, esperanza, caridad, que hagan de nosotros almas de oración, como la Iglesia naciente, cuando todos perseveraban en la oración con María la Madre de Jesús (cfr. Hch 1, 14). Allí estaban los apóstoles con Pedro a la cabeza; por eso, nuestra oración se une siempre a la del sucesor de Pedro, del Romano Pontífice. Rezamos especialmente por el Papa Francisco, que repite con frecuencia, como una oración de intercesión: “Que la Virgen Santa te cuide”.

También como los Apóstoles en Pentecostés, que salieron a conquistar el mundo para Cristo, vivamos cada día dando a nuestra existencia ordinaria un siempre nuevo sentido apostólico. En México y desde México, hasta el último rincón del mundo. Esta tierra, que ha recibido tantas bendiciones de Dios, tiene una especial responsabilidad para ser sal y luz en los cinco continentes, comenzando por los hogares de familia y los lugares de trabajo. Y siempre, a pesar de nuestra debilidad, con la alegría de las hijas y de los hijos de Dios, con la protección y ayuda maternas de nuestra Señora de Guadalupe.

La Providencia ha querido que pueda celebrar la Santa Misa en este santuario bendito, el día de mi cumpleaños. Como solía hacer san Josemaría, extendiendo mi mano para pedirles una oración al Señor, a través de la Señora del Tepeyac, por mí y por mis intenciones, que son las de la Iglesia, las de la Obra y las de cada uno de ustedes.

Así sea.

[Volver al índice](#)

10. En la festividad del beato Álvaro del Portillo (12-V-2023)

Basílica de san Eugenio, Roma

Celebramos hoy la fiesta del beato Álvaro del Portillo. Hemos comenzado esta santa Misa con unas palabras en la Antífona de entrada que bien se podrían aplicar a don Álvaro: “Este es el criado fiel y solícito, que el Señor ha puesto al frente de su familia”. Como pastor de la familia del Opus Dei su principal preocupación fue cuidar de sus hijas e hijos. De este modo se desempeñó en el servicio a la Iglesia, llegando también a multitud de otras almas

Las lecturas de la Misa nos muestran la figura del Buen Pastor. Dios, por medio del profeta Ezequiel, asegura a su pueblo que, a pesar de las dificultades, él no les abandonará. “Yo mismo buscaré mi rebaño. (...). Yo mismo pastorearé mis ovejas. (...). A la que esté herida la vendaré y curaré a la enferma” (Ez 34,11-16). Es Dios quien guía. Es Dios quien salva. Y esto don Álvaro lo sabía bien. Era consciente de que tenía muchos talentos y, más aún, sabía que los había recibido del Señor para colaborar en el cuidado paternal de las personas que se le habían confiado. En esta tarea, además, había aprendido de san Josemaría que la humildad es el verdadero camino que lleva a la santidad, también como pastor: si reconocemos la grandeza de Dios y cómo actúa a través de nosotros –con talentos y aún con debilidades–, comprendemos que su infinito amor está muy cerca y que Él no nos abandona nunca. La humildad abre los ojos a la comprensión de ese modo de hacer de Dios: a través de los pastores es Él quien también nos sigue buscando.

Así fue como don Álvaro cuidó del rebaño del Opus Dei. Con la humildad y la responsabilidad del pastor, que desea transmitir la bendición de Dios a todos. Vivió con el desvelo propio de un padre que da lo mejor de su vida para sus hijos. En definitiva, don Álvaro procuró amar como lo hizo Cristo: “Yo soy el buen pastor –hemos leído en el Evangelio–, conozco las mías y las mías me conocen” (Jn 10,14). Su actitud humilde, además, infundía paz

y serenidad. Se puede percibir incluso en las imágenes que conservamos de él. Confiaba en Dios, e invitaba a sus hijos a poner la esperanza en quien nunca defrauda.

El Papa Francisco, en la carta que escribió con ocasión de la beatificación de don Álvaro, subrayó otro aspecto que marcó su vida, además de la humildad. “Destacado era su amor a la Iglesia, esposa de Cristo, a la que sirvió con un corazón despojado de interés mundano, lejos de la discordia, acogedor con todos y buscando siempre lo positivo en los demás, lo que une, lo que construye. Nunca una queja o crítica, ni siquiera en momentos especialmente difíciles, sino que, como había aprendido de san Josemaría, respondía siempre con la oración, el perdón, la comprensión, la caridad sincera”.

Recordando el beneficio que ha supuesto su vida para nosotros y para la Iglesia, podemos pedir al Señor que sepamos cultivar estas mismas actitudes de don Álvaro: la humildad y el servicio a la Iglesia en todos los ambientes, en la familia, en el trabajo y en nuestras amistades. Está al alcance de nuestra mano buscar siempre lo positivo en los demás, pues siempre podemos fijarnos más en lo que nos une y no tanto en lo que nos pueda separar. La cercanía de Dios –principalmente en los sacramentos– nos permite responder en cada momento con la comprensión y el perdón cuando una persona no se ajuste a nuestras expectativas. Aunque en algunos ambientes pueda cundir a veces la crispación o la desunión, podemos reaccionar con oración, para descubrir cómo actuar con un estilo de vida marcado por el Evangelio.

La expresión “gracias, perdón y ayúdame más” era una jaculatoria que don Álvaro solía repetir con frecuencia. Podemos terminar considerando cómo tenía un corazón agradecido a Dios por todos los bienes que había recibido del Señor. Y cómo, fruto de esa actitud, sabía también pedir perdón. La conciencia de su debilidad no le quitaba la paz, sino que le llevaba a pedir más ayuda. Le llevaba a confiar más en la providencia divina y también en la protección maternal de la Virgen María. A ella podemos acudir en este mes de mayo para que, como don Álvaro, seamos personas agradecidas, humildes y con deseos de cuidar con delicadeza a quienes nos rodean, como expresión de nuestro servicio a la Iglesia.

[Volver al índice](#)

11. En la festividad de san Josemaría (26-VI-2023)

Basílica de san Eugenio, Roma

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Rm 8, 14). Estas palabras de san Pablo expresan el grandísimo don que el Espíritu Santo nos concede: ser hijos de Dios. La conciencia de nuestra filiación divina nos hace vivir sin temor: “No tengo miedo a nada ni a nadie: ni a Dios, que es mi Padre”, decía san Josemaría. En el aniversario de su marcha al Cielo, día de su fiesta, podemos considerar esta realidad, que fue el fundamento de su vida espiritual y del carisma que entregó a la Iglesia.

El fundador del Opus Dei se consideraba ante Dios como un niño que balbucea, y esto le llevaba a desear crecer siempre en el amor a Dios; a comenzar y recomenzar cada jornada. Tenía una intimidad con el Señor que le llevaba a ver todos los acontecimientos como gestos de su amor paterno. Hoy podemos preguntarnos si también nosotros dejamos que la conciencia de ser hijos de Dios informe todas las dimensiones de nuestra vida. Considerar frecuentemente, con fe, nuestra filiación divina, nos ayudará a recorrer con esperanza, día a día, a pesar de nuestra debilidad y de las circunstancias ajenas a nuestra voluntad, el camino hacia la identificación con Cristo, hacia la santidad, como nos dice san Josemaría: “Comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día” (*Es Cristo que pasa*, n. 75).

Este abandono filial nos impulsa a seguir la invitación de Jesús a los apóstoles a remar mar adentro. Muchas veces, el temor al fracaso puede paralizar los esfuerzos por servir a los demás; en otras ocasiones puede ser el temor a dejar nuestras comodidades lo que nos lleve a no querer abandonar la seguridad de la orilla. Pero el Señor nos anima a adentrarnos en ese mar maravilloso de la vida de apóstol. Es como si nos dijera: confía en tu verdad más íntima, el ser hijo de Dios, y no tengas miedo de caminar por el mundo

que, a veces, se presenta como un mar revuelto. Y así es como encontraremos la alegría y la paz.

El mar del mundo se ve azotado por muchos conflictos como la guerra en Ucrania, que nos afectan profundamente. También encontramos pequeñas o grandes tempestades en nuestro día a día: en el trabajo, en la familia, en nuestra propia relación con Dios. Como Pedro, podemos tener la experiencia de bregar toda la noche y no haber pescado nada. Pero el apóstol no se fió de sus propias fuerzas, sino de la palabra del Maestro. Y el resultado no dejó lugar a dudas: “Hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a romperse” (Lc 5,6). Él sabe más, y sus planes siempre son buenos.

También hoy Jesús nos llama a lanzarnos a una evangelización, a un apostolado, que no entiende de miedos, pues sabemos que es el Señor quien lleva nuestra barca. Él nos promete una existencia de entrega en la que, junto con muchas alegrías, tampoco faltarán “los padecimientos del tiempo presente” que, sin embargo, “no son comparables con la gloria futura”, como escribe san Pablo (Rm 8, 18).

No faltó tampoco el miedo en la vida de los apóstoles. Tras la muerte de Jesús no fueron capaces de salir de sus casas. Sus ilusiones por remar mar adentro se habían desvanecido. Podemos preguntarnos, con el Papa Francisco: “¿Cuántas veces nos encerramos en nosotros mismos? ¿Cuántas veces, por alguna situación difícil, por algún problema personal o familiar, por el sufrimiento que padecemos o por el mal que respiramos a nuestro alrededor, corremos el riesgo de caer poco a poco en la pérdida de la esperanza y nos falta el valor para seguir adelante?” (*Ángelus*, 28-V-2023).

Solamente después de recibir el Espíritu Santo, los apóstoles abrieron las puertas y quedaron liberados de sus miedos. Se convirtieron entonces en testigos infatigables del Evangelio, hasta el punto de llegar hasta los confines del mundo conocido y de dar la propia vida. Podemos pedir al Paráclito que nos ayude a salir del laberinto de nuestras preocupaciones; que nos libere del miedo a remar mar adentro, a afrontar las pequeñas y grandes batallas de la vida de apóstol. El Espíritu Santo nos aviva la conciencia de nuestra filiación divina. Él nos hace sentir una cercanía con Dios que transforma

nuestro miedo en confianza, nuestra parálisis en audacia, nuestras dudas en seguridad.

La Virgen María, que alentó los primeros pasos de la vida de la Iglesia, también nos ayuda en la aventura divina de remar mar adentro. Nos acogemos a su intercesión materna, para que nos acompañe en este empeño sostenidos por Ella, que es, como repetía san Josemaría, *Spes nostra*, nuestra Esperanza.

[Volver al índice](#)

12. Misa de Inauguración del Año académico en Roma (3-X-2023)

Basílica de san Apolinar, Universidad Pontificia de la Santa Cruz

Queridos hermanos y hermanas,

"Mientras estaban cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, se puso en medio y les dijo: 'La paz sea con ustedes'. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor".

Como cada octubre, comenzamos un nuevo año académico con una celebración eucarística. El Cristo Resucitado, que derramó su Sangre, se hace presente bajo las especies de pan y vino, transmitiéndonos su paz. Los discípulos se llenaron de alegría, y nosotros también nos abrimos a esta alegría y paz, características de la Iglesia desde sus comienzos.

Es una realidad que se hace presente en cada Misa y que vivifica nuestro compromiso a lo largo de todo el año académico. Como nos animaba San Josemaría, busquemos que nuestro trabajo tenga como centro y raíz la celebración eucarística: Cristo que nos muestra su amor en la Cruz. En algunos cuadros, el Padre sostiene la Cruz con sus brazos y sopla el Espíritu Santo hacia Jesús. El Crucifijo está presente en cada aula de la universidad para ayudarnos a mirarlo. Así, es más fácil que esta sea una comunidad de maestros y discípulos, de estilo familiar y gozoso.

Como los discípulos en ese primer día de la Resurrección, también nosotros escuchamos: "La paz sea con ustedes. Como el Padre me envió a mí, también yo los envío a ustedes". Estamos aquí en Roma, junto al Papa, por más o menos años, y el Señor quiere confiarnos a cada uno de nosotros esta maravillosa tarea de transmitir la verdad. Así, el mundo se llena de paz. ¡La paz sea con ustedes!, dijo el Señor.

"Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: 'Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les serán perdonados'. Aún no es Pentecostés, pero Jesús piensa inmediatamente en el perdón que llega

después de su sacrificio redentor y su Ascensión junto al Padre. El Paráclito infunde su aliento para hacernos partícipes del amor divino que perdona. Todos necesitamos perdón y paz: perdonar y ser perdonados. El Espíritu Santo ensancha nuestros corazones para ser más comprensivos, más universales, amando las diferencias que en este contexto romano son muy evidentes. San Josemaría, al soñar con esta universidad, pensaba en todos como romanos en el sentido de universales. Por lo tanto, a la tradicional aspiración "Ad Iesum per Mariam", añadía antes: *Omnes cum Petro: Todos con Pedro, ad Iesum per Mariam.*

Acabamos de escuchar lo que San Pablo escribió a los corintios: "Hay diferentes dones, pero un solo Espíritu; hay diferentes ministerios, pero un solo Señor; hay diferentes actividades, pero un solo Dios que opera todo en todos". Es algo que se vive todos los días en la Iglesia y también en los pasillos, en las aulas de la universidad. San Pablo añade: "A cada uno se le da una manifestación particular del Espíritu para el bien común. Así como el cuerpo es uno solo y tiene muchas partes, y todas las partes del cuerpo, aunque son muchas, son un solo cuerpo, así también lo es Cristo".

Un solo cuerpo, muchas partes. Pasado mañana comienza la Asamblea del Sínodo de los Obispos. Como nos ha pedido el Santo Padre, oremos mucho por esta intención. Lo pedimos al Espíritu Santo. El día de Pentecostés "aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían, posándose encima de cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba expresarse". También nosotros pedimos el don de lenguas, en el sentido de saber encontrar los temas, enfoques y formas adecuadas a las necesidades de las personas que encontramos en nuestros días.

Los Hechos de los Apóstoles dicen: "Estaban asombrados y, fuera de sí por la admiración, decían: '¿No son todos estos que hablan, galileos? Y ¿cómo es que cada uno de nosotros los oye hablar en su lengua nativa? [...] y los oímos hablar en nuestras lenguas de las maravillas de Dios'". El milagro se repite a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Los apóstoles y discípulos, hombres y mujeres, al recibir el Espíritu Santo, estaban reunidos en oración con María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia. A la intercesión materna de María queremos confiarnos con plena y gozosa confianza filial.

[Volver al índice](#)

CARTAS Y MENSAJES

13. Mensaje con motivo del llamamiento del Papa por la paz (26-II-2022)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Ante la nueva guerra en Europa, unámonos de todo corazón a la invitación del Papa de responder a la violencia con la oración y el ayuno. Además de la jornada de ayuno por la paz que viviremos el próximo 2 de marzo, sigamos implorando a Dios, muchas veces al día, con confianza de hijos, el don de la paz. La oración y la experiencia del ayuno nos acercan a las personas que están sufriendo privaciones y angustia, y cuyo futuro se hace incierto.

“Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt 5, 9). Es normal que sintamos impotencia para modificar el rumbo de la historia. Pero apoyémonos en la fuerza de la oración. Sin el Señor, todos los esfuerzos por pacificar los corazones son insuficientes. Al mismo tiempo, pensemos que la paz es un continuo quehacer: ser protagonistas de esta bienaventuranza implica operar y promover la paz en la propia familia, en el trabajo, en la vida social, pues Dios desea que cada uno de nosotros sea guardián de nuestros hermanos y hermanas (cfr. *Gen 4, 9*).

Especialmente en la santa Misa y en nuestra oración a santa María, Reina de la Paz, tengamos muy presentes a todos los que sufren.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al índice](#)

14. Carta sobre la fidelidad (9-III-2022)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

¡Fieles, vale la pena!

1. Con esta expresión familiar que inspiró una antigua canción, san Josemaría nos animaba a ser muy fieles. Recuerdo con frecuencia que el 23 de agosto de 1963, en un curso de verano en Pamplona, durante un rato de tertulia con nuestro Padre, cantamos esa canción. Algunos notamos que, mientras nos escuchaba cantar esas palabras, nuestro Padre repitió en voz baja “vale la pena, vale la pena”; lo vimos como una expresión espontánea de su viva experiencia. Sacar la Obra adelante había valido la pena: tanto trabajo, tanto sufrimiento, tantas dificultades y, a la vez, tanta alegría. La fidelidad es necesariamente alegre, aun con dolor; con una alegría en el Señor, que es nuestra fortaleza (cfr. Ne 8, 10).

Fidelidad es un concepto amplio, con diversos significados: «Exactitud o veracidad en la realización de algo», «copia exacta de un texto», «cumplimiento exacto de un deber, de una promesa», etc. Especialmente relevante es considerar la fidelidad en la relación entre personas, en su aspecto más humanamente profundo: el amor. «La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor»¹. El amor auténtico de suyo es definitivo, es fiel, aunque por la debilidad humana pueda fallar.

La fidelidad abarca todas las dimensiones de nuestra vida, pues implica a la persona en su integridad: inteligencia, voluntad, sentimientos, relaciones y memoria. Con estas breves páginas, en el marco del centenario de la fundación de la Obra, que se va acercando, desearía que ahora nos detuviéramos a meditar en unos pocos aspectos, guiados sobre todo por textos de san Josemaría.

¹ Benedicto XVI, Discurso, 12-V-2010.

Fidelidad a la vocación, fidelidad a Jesucristo

2. La vocación cristiana, en todas sus particulares expresiones, es llamada de Dios a la santidad. Llamada del amor de Dios a nuestro amor, en una relación en la que precede siempre la fidelidad divina: *Dios es fiel* (2 Tes 3, 3; cfr. 1 Cor 1, 9). «Nuestra fidelidad no es más que una respuesta a la fidelidad de Dios. Dios que es fiel a su palabra, que es fiel a su promesa»².

La fe en la fidelidad divina da fuerza a nuestra esperanza, a pesar de que nuestra personal debilidad nos lleve a veces a no ser del todo fieles, en lo pequeño y quizá, en alguna ocasión, en lo grande. Entonces, la fidelidad consiste en recorrer –con la gracia de Dios– el camino del hijo pródigo (cfr. Lc 15, 11-32). “La fidelidad a Jesucristo exige permanecer en continua vigilia, porque no cabe confiar en nuestras pobres fuerzas. Hemos de luchar siempre, hasta el último instante de nuestro paso por la tierra: éste es nuestro destino”³.

Necesitamos buscar perseverantemente la unión con el Señor. Buscamos, y encontramos, esta unión con Jesús en el trabajo, en la familia, en todo...; de modo eminente en la Eucaristía, en la Penitencia y en la oración. Además, no estamos solos; contamos también con la ayuda de los demás, especialmente en la dirección espiritual personal. Agradecemos esta posibilidad, de abrir nuestra alma con sinceridad, para recibir aliento y consejo en el camino de crecimiento en nuestro amor a Dios. Y donde se alimenta nuestro amor, se fortalece nuestra fidelidad: “Enamórate, y no ‘le’ dejarás”⁴.

3. La fidelidad se manifiesta especialmente cuando supone esfuerzo y sufrimiento. También en esto, el ejemplo de nuestra Madre, la Virgen fiel, nos ilumina: «Sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida. El *fiat* de María en la Anunciación encuentra su plenitud en el *fiat* silencioso que repite al pie de la cruz»⁵.

Con la ayuda de Dios, podemos ser fieles, avanzar en el camino de la identificación con Jesucristo: que nuestros modos de pensar, de querer, de

² Francisco, Homilía, 15-IV-2020.

³ *Carta 28-III-1973*, n. 9.

⁴ *Camino*, n. 999.

⁵ San Juan Pablo II, Homilía, 26-I-1979.

ver a las personas y al mundo, sean más y más los suyos, mediante un permanente comenzar y recomenzar, en el que “la conciencia de nuestra filiación divina da alegría a nuestra conversión”⁶. Se hará realidad así en nuestras vidas la exhortación de san Pablo a los filipenses: *Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús* (Flp 2, 5).

4. El encuentro y la unión con Jesucristo se realizan en la Iglesia, que visiblemente es Pueblo compuesto de muchos pueblos; constitutivamente es Cuerpo de Cristo y operativamente es sacramento: toda la salvación viene de Cristo mediante la Iglesia, muy especialmente porque la Iglesia *hace la Eucaristía* y la Eucaristía *hace la Iglesia*.

El hecho, siempre comprobable, de que la Iglesia la formamos hombres y mujeres débiles, con errores, no debe disminuir nuestro amor a ella. Tengamos siempre presente que, sobre todo, “la Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y en los grandes combates de la vida diaria”⁷.

La fidelidad a Cristo es, por tanto, fidelidad a la Iglesia. Y, en la Iglesia, procuramos vivir y fomentar la unión con todos, particularmente con los Obispos y, de modo especial, con el Romano Pontífice, principio visible de unidad de fe y de comunión. Mantengamos siempre vivo en cada uno de nosotros aquel deseo de nuestro Padre: “*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*”.

La fidelidad a Jesucristo y a la Iglesia implica para nosotros la fidelidad a nuestra vocación al Opus Dei, viviendo el espíritu que hemos recibido de san Josemaría, que ha sido y es verdaderamente nuestro Padre en la Obra. Así lo expresaba él en una antigua carta dirigida a todos sus hijos: “No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra (Ephes. III, 15-16), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar en la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de

⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 64.

⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 131.

madre”⁸. Ser hijas e hijos fieles de san Josemaría es camino vocacional nuestro para ser fieles hijas e hijos de Dios en Cristo.

Seguramente recordáis estas otras palabras de nuestro Padre: “La llamada divina exige de nosotros fidelidad intangible, firme, virginal, alegre, indiscutida, a la fe, a la pureza y al camino”⁹. No me detengo ahora más que en subrayar la alegría. Una fidelidad que es libre correspondencia a la gracia de Dios, vivida con alegría y también con buen humor. ¡Cuánto nos ayuda recordar estas otras palabras tuyas!: “En lo humano, quiero dejaros como herencia el amor a la libertad y el buen humor”¹⁰.

5. Considerando la fidelidad en la Obra, ¿cómo no pensar en el beato Álvaro? Recuerdo que el 19 de febrero de 1974, no estando presente don Álvaro, de él comentó san Josemaría: “Querría que le imitarais en muchas cosas, pero sobre todo en la lealtad. (...) Ha tenido siempre una sonrisa y una fidelidad incomparables”¹¹. Con frecuencia, me fijo en las palabras bíblicas *vir fidelis multum laudabitur* (Prov 28, 20: el hombre fiel será muy alabado), grabadas en el dintel de una puerta de la Villa Vecchia, que da entrada precisamente al despacho que ocupó don Álvaro durante muchos años.

Elevo mi alma al Señor también en agradecimiento por la fidelidad de tantas mujeres y de tantos hombres que nos han precedido en el camino y nos han dejado un testimonio precioso de ese *vale la pena*, evocado al inicio de estas páginas.

Nuestro Padre decía que toda persona que se acerque a la Obra, aunque sea por un tiempo breve, tendrá siempre nuestro cariño. Esto lo aplicaba aún más a quienes han estado un tiempo en la Obra y después han emprendido otros caminos; y a quienes en alguna ocasión se hayan sentido heridos, les pedimos perdón de todo corazón.

⁸ Carta 6-V-1945, n. 23.

⁹ Carta 24-III-1931, n. 43.

¹⁰ Carta 31-V-1954, n. 22.

¹¹ San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 19-II-1974.

Fidelidad apostólica

6. La vocación cristiana a la santidad, a la identificación con Jesucristo, es – en todas sus formas, de un modo u otro– vocación apostólica: “No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor”¹².

En toda época –en la nuestra lo vemos de modo impresionante– hay en el mundo una sed inmensa –tantas veces inconsciente– de Dios. Se cumplen siempre de nuevo aquellas palabras proféticas: *Mirad que llegan días - oráculo del Señor- en que enviaré hambre a la tierra: no hambre de pan ni sed de agua, sino de escuchar la palabra del Señor* (Am 8, 11).

¡Cuántas veces habremos meditado aquella vibrante exhortación de san Josemaría!: “Carísimos: Jesús nos urge. Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz, sino en la gloria de todas las actividades humanas, para atraer a sí todas las cosas (Ioan XII, 32)”¹³.

Al experimentar las dificultades que la vida cristiana encuentra en este mundo

–ateísmo, indiferencia, relativismo, naturalismo materialista, hedonismo, etc.–, viene quizá a la memoria la afirmación de san Juan: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo* (1 Jn 2, 15), que se refiere a lo que en el mundo se opone a Dios, y que resume en la triple concupiscencia (cfr. 1 Jn 2, 16). Pero, a la vez, el mundo, criatura de Dios, es bueno: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3, 16).

7. Procuremos, como nuestro Padre, “amar el mundo apasionadamente”¹⁴, pues es el ámbito de nuestro encuentro con Dios y el camino hacia la vida eterna. Un amor que excluye la *mundanidad*: somos del mundo, pero no queremos ser mundanos; también, por ejemplo, viviendo el espíritu y la realidad práctica de la pobreza, que nos libera de tantas ataduras y, con sentido positivo, nos hace escuchar a san Pablo que nos asegura: *Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo y Cristo de Dios* (1 Cor 3, 22-23). El testimonio de vidas sobrias y austeras es –hoy y siempre– una manera

¹² *Es Cristo que pasa*, n. 122.

¹³ *Instrucción, 1-IV-1937, n.1.*

¹⁴ *Conversaciones*, n. 118.

de ser sal y luz en este mundo que hemos de transformar con el amor de Cristo.

Ante esta realidad –*todas las cosas son vuestras*–, nos alegramos con las alegrías de los demás, disfrutamos de todas las cosas buenas que nos rodean y nos sentimos interpelados por los desafíos de nuestro tiempo. A la vez, sentimos muy dentro del alma la situación del mundo, particularmente la triste realidad de la guerra, y de otras situaciones de grandes necesidades y sufrimientos de tantísimas personas, especialmente de las más débiles. Pero, insisto, no admitamos el pesimismo; al contrario, actualicemos la fe en la vitalidad del Evangelio –que es *fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree* (Rm 1, 16)– y la fe en los medios: oración, mortificación, ¡Eucaristía! y trabajo. Mantendremos, entonces, una visión esperanzada del mundo.

La fe es base de la fidelidad. No confianza vana en nuestra capacidad humana, sino fe en Dios, que es fundamento de la esperanza (cfr. Hebr 11, 1). «Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto»¹⁵.

Escuchemos de nuevo a nuestro Padre: “Si sois fieles, como fruto de vuestra entrega callada y humilde, el Señor –por vuestras manos– obrará maravillas. Se volverá a vivir aquel pasaje de San Lucas: regresaron los setenta y dos discípulos llenos de gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros, por la virtud de tu nombre (Luc. X, 17)”¹⁶.

Fidelidad a la vocación y vida ordinaria

8. En la vida de cada uno puede haber, de vez en cuando, circunstancias fuera de lo común, pero sabemos bien que la unión con el Señor y, con Él, nuestra misión apostólica han de realizarse fundamentalmente en la vida ordinaria: familia, trabajo profesional, amistades, deberes sociales...: «Ése es el principal *lugar* de nuestro encuentro con Dios»¹⁷, nos recordaba don Javier en una de sus primeros escritos.

¹⁵ Benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi*, n. 31.

¹⁶ *Carta 24-III-1930*, n. 23.

¹⁷ Javier Echevarría, Carta pastoral, 28-XI-1995, n. 16.

Encontrar al Señor en todo el devenir de cada jornada supone descubrir el valor de lo pequeño, de las cosas pequeñas, de los detalles, en los que tantas veces podemos manifestar el amor a Dios y el amor a los demás. El mismo Jesús nos ha dicho: *Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también es injusto en lo mucho* (Lc 16, 10). Una fidelidad en lo poco que el Señor premia con la grandeza de su misma alegría (cfr. Mt 25, 21).

La propia experiencia personal nos muestra que esta fidelidad en *lo poco* no es una *poquedad*; al contrario: “La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo”¹⁸. Es el amor lo que da el mayor valor a todo el humano quehacer. La fidelidad es fidelidad a un compromiso de amor, y es el amor a Dios el sentido último de la libertad. Esta libertad de espíritu da la capacidad de amar lo que hay que hacer, también cuando supone sacrificio y, entonces, se puede experimentar lo que Jesús nos asegura: *Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11, 29-30). Y san Agustín explica: «En aquello que se ama, o no se siente la dificultad o se ama la misma dificultad (...). Los trabajos de los que aman nunca son penosos»¹⁹.

9. Sabemos bien que encontrar a Dios, amar a Dios, es inseparable de amar, de servir, a los demás; que los dos preceptos de la caridad son inseparables. Con nuestro amor fraterno, que es señal cierta de vida sobrenatural, construimos nuestra fidelidad y hacemos más alegre la fidelidad de los demás: *Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos* (1 Jn 3, 14). ¡Con qué fuerza san Josemaría nos anima a vivir la fraternidad!: “Corazón, hijos míos, poned el corazón en serviros. Cuando el cariño pasa por el Corazón Sacratísimo de Jesús y por el Dulcísimo Corazón de María, la caridad fraterna se ejercita con toda su fuerza humana y divina. Anima a soportar la carga, quita pesos, asegura la alegría en la pelea. No es algo pegadizo, es algo que fortalece las alas del alma para alzarse más alta; la caridad fraterna, que no busca su propio

¹⁸ *Camino*, n. 813.

¹⁹ San Agustín, *De bono viduitatis*, 21, 26.

interés, permite volar para alabar al Señor con un espíritu de sacrificio gustoso”²⁰.

Ante el lugar que, en nuestra vida ordinaria, ocupa el trabajo, podríamos considerar –y examinarnos personalmente– sobre tantos aspectos que se encierran en aquel “santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo”²¹. Ahora querría invitaros a que meditemos cómo poder convertir mejor el trabajo en oración, que no consiste solo en tener algún detalle de piedad mientras trabajamos. De tantos modos nos lo ha explicado nuestro Padre. Releamos estas palabras suyas: “Realizad pues vuestro trabajo sabiendo que Dios lo contempla: *laborem manuum mearum respexit Deus* (Gen 31, 42). Ha de ser la nuestra, por tanto, tarea santa y digna de Él: no sólo acabada hasta el detalle, sino llevada a cabo con rectitud moral, con hombría de bien, con nobleza, con lealtad, con justicia. De este modo vuestro trabajo profesional no sólo será recto y santo, sino que, también por este título será oración”²².

Con frecuencia experimentamos también en el trabajo nuestros límites y defectos; pero si, a pesar de todo, nos esforzamos en ese “saber que Dios nos contempla”, podremos escuchar dirigidas a nosotros aquellas palabras de san Pablo: *vuestro trabajo no es vano en el Señor* (1 Cor 15, 58); como resumía nuestro Padre: “nada se pierde”.

Lo permanente y lo mudable en la vida de la Obra

10. La fidelidad personal a la propia vocación en la Obra está necesariamente relacionada con la fidelidad institucional, es decir, con la permanencia de la Obra como institución en fidelidad al querer de Dios para ella como lo transmitió el fundador.

En 2016, don Javier nos recordó estas palabras de san Josemaría: “Lo mismo que permanece la identidad de la persona a lo largo de las diversas etapas del crecimiento: niñez, adolescencia, madurez...; así hay, en nuestro desarrollo, evolución: seríamos, si no, cosa muerta. Permanece

²⁰ Carta 14-II-1974, n. 23.

²¹ *Es Cristo que pasa*, n. 45.

²² Carta 15-X-1948, n. 26.

inconmovible el meollo, la esencia, el espíritu, pero evolucionan los modos de decir y de hacer, siempre viejos y nuevos, siempre santos”²³.

Comentando este texto, consideré entonces que es, sobre todo, en el ámbito del apostolado personal –que es el principal en la Obra–, y en el de orientar con sentido cristiano las profesiones, las instituciones y las estructuras humanas, donde procuramos poner iniciativa y creatividad, para llegar al trato de sincera amistad con numerosas personas y llevar la luz del Evangelio a la sociedad. Esa misma iniciativa y creatividad lleva también a buscar nuevas actividades apostólicas, dentro del mar sin orillas que el espíritu de la Obra nos presenta.

11. Esta creatividad puede entenderse como una versión de lo que, a veces, se llama *fidelidad dinámica*, o también *fidelidad creativa*. Una fidelidad que excluye tanto lo que sería un superficial afán de cambios como una actitud *a priori* contraria ante todo lo que sea o parezca una cierta novedad. “Por esta vocación nuestra, estamos presentes en el mismo origen de los rectos cambios que se dan en la sociedad, y hacemos también nuestros los progresos de cualquier época”²⁴. Por esto, hemos de comprender y compartir las ansias de nuestro tiempo y, a la vez, no pretender adaptarnos a cualquier moda o costumbre, por muy actual y extendida que se manifieste, si resulta contraria al espíritu que Dios nos ha transmitido mediante nuestro fundador, incluso por ser inadecuada al tono humano y aire de familia propio de la Obra. En este sentido, “no habrá jamás Necesidad de adaptarse al mundo, porque somos del mundo; ni tendremos que ir detrás del progreso humano, porque somos nosotros –sois vosotros, mis hijos–, junto con los demás hombres que viven en el mundo, los que hacéis este progreso con vuestro trabajo ordinario”²⁵.

También conviene tener en cuenta que, ante determinaciones establecidas para toda la Obra (por ejemplo, relativas a los medios de formación espiritual: círculos, meditaciones, retiros, etc.), es lógico que el discernimiento de la oportunidad de posibles cambios corresponda, en última instancia, al Padre con el Consejo General y la Asesoría Central. Por otra parte, no cualquier cambio a este nivel es indiferente con respecto al espíritu y se debe estudiar con prudencia. Por vuestra parte, no tengáis

²³ Carta 29-IX-1957, n. 56.

²⁴ Carta 14-II-1950, n. 21.

²⁵ Carta 9-I-1932, n. 92.

reparos en proponer proyectos apostólicos a quienes dirigen la labor, con espíritu de iniciativa y también de unidad –sin dejar de remar juntos–, con el deseo de llevar a muchas personas la alegría del Evangelio. En cualquier caso, estemos seguros de que «no estamos solos para hacer la Obra, ni contamos sólo con nuestras pobres fuerzas, sino con la fuerza y el poder del Señor»²⁶.

12. Con nuestra fidelidad personal y la responsabilidad de todos en mantener la fidelidad institucional, a pesar de nuestras limitaciones personales, con la gracia de Dios podremos construir, a través de los cambiantes momentos históricos, la continuidad de la Obra en fidelidad a su origen. Se trata de la continuidad esencial entre pasado, presente y futuro, propia de una realidad viva. Don Javier nos animaba, en 2015, a pedir a san Josemaría que la Obra llegara al 2 de octubre de 2028 con la misma pujanza y frescura de espíritu que tenía nuestro Padre el 2 de octubre de 1928.

Así, podrá hacerse realidad, por la misericordia de Dios, aquello que veía san Josemaría: “Veo la Obra proyectada en los siglos, siempre joven, garbosa, guapa y fecunda, defendiendo la paz de Cristo, para que todo el mundo la posea. Contribuiremos a que en la sociedad se reconozcan los derechos de la persona humana, de la familia, de la Iglesia. Nuestra labor hará que disminuyan los odios fraticidas y las suspicacias entre los pueblos, y mis hijas y mis hijos –*fortes in fide* (I Petr V, 9), firmes en la fe– sabrán ungir todas las heridas con la caridad de Cristo, que es bálsamo suavísimo”²⁷.

Encomendando a nuestra Madre santa María, Virgen fiel, y a san José, la permanente renovación de nuestra fidelidad, con todo cariño os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al índice](#)

²⁶ Javier Echevarría, Carta pastoral, 28-XI-1995, n. 11.

²⁷ Carta 16-VII-1933, n. 26.

15. Mensaje con motivo de la conclusión del Año de la Familia (14-VI-2022)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

El próximo 26 de junio concluirá el Año de la Familia convocado por el Papa Francisco, que ha invitado a reflexionar sobre la importancia de la institución familiar en la Iglesia y en toda la sociedad.

La familia es el primer ambiente donde uno es consciente de ser amado por lo que es y aprende a amar en relación con los demás. Todas las familias tienen sus fortalezas y sus debilidades, sus momentos buenos y sus dificultades. Pero siempre el Señor nos llama a mirar a cada uno con agradecimiento y con amor. Querer a los demás tal como son –con sus virtudes y defectos– nos llevará a tener un corazón en sintonía con el de Jesús. Como explica san Josemaría: «El corazón humano tiene un coeficiente de dilatación enorme. Cuando ama, se ensancha en un *crescendo* de cariño que supera todas las barreras. Si amas al Señor, no habrá criatura que no encuentre sitio en tu corazón» (*Via Crucis*, VIII estación, n.5).

Son muchos los desafíos que se presentan ante quienes comienzan a desarrollar un proyecto familiar con sentido cristiano. Entre estos, se encuentra la conciliación de los deberes familiares con el trabajo, las relaciones sociales, el descanso... Por eso, es muy bueno que sean acompañados desde el inicio del camino matrimonial. Os animo a potenciar las actividades e iniciativas en esta línea, sabiendo que tienen un efecto multiplicador. «¡Qué importante es que los jóvenes vean con sus propios ojos el amor de Cristo vivo y presente en el amor de los matrimonios, que testimonian con su vida concreta que el amor para siempre es posible!» (Francisco, Videomensaje, 9-VI-2021).

Encomendamos a Jesús, María y José los frutos de este Año de la Familia que ahora termina; a ellos les pedimos que todos los hogares cristianos sean reflejo de la casa de Nazaret.

Con todo cariño os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al índice](#)

16. Mensaje para convocar el Congreso General extraordinario (6-X-2022)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Como ya os comuniqué, en el Consejo General y en la Asesoría Central estamos estudiando cómo proceder para llevar a cabo lo que el Papa nos ha pedido sobre la adecuación de los Estatutos de la Obra a las indicaciones del Motu proprio *Ad charisma tuendum*.

En el Dicasterio del Clero nos han aconsejado no limitarnos a considerar lo que se refiere a la dependencia de la Prelatura a este Dicasterio y al paso de quinquenal a anual del informe a la Santa Sede sobre la actividad de la Prelatura, sino que propongamos otros posibles retoques a los Estatutos, que nos parezcan convenientes a la luz del Motu proprio. También nos han aconsejado que dediquemos sin prisa todo el tiempo necesario.

Tratándose de una iniciativa de la Santa Sede, no hay que celebrar los Congresos Generales previstos para introducir cambios en los Estatutos (cfr. n. 181, § 3). Sin embargo, con el parecer favorable de la Asesoría Central y del Consejo General, convocaré un Congreso General Extraordinario con esa precisa y limitada finalidad, que tendrá lugar en el primer semestre del 2023.

Para preparar ese trabajo de las y los congresistas, interesa también contar, con suficiente antelación, con la aportación de quienes deseéis enviar sugerencias concretas. Próximamente os llegarán orientaciones sobre el modo y el tiempo para enviármelas, de modo que se facilite su estudio.

Tened en cuenta que se trata de cumplir lo que ha indicado la Santa Sede, no de proponer cualquier cambio que nos pudiese parecer interesante. Junto al deseo de ser fieles a la herencia de nuestro fundador, es importante considerar el bien general que supone la estabilidad jurídica de las instituciones.

Naturalmente, el texto del Motu proprio puede suscitar otras sugerencias, aparte de lo relativo a los Estatutos, para dar nuevo impulso a las labores apostólicas. Se os pedirán más adelante, cuando se convoquen las futuras Semanas de trabajo.

Encomendemos todo esto a la intercesión de san Josemaría, hoy que celebramos el vigésimo aniversario de su canonización. Pidamos al Señor que fructifique con renovada fuerza en la vida de cada uno -como nos ha urgido el Papa Francisco- el carisma que Dios confió a nuestro Padre en servicio de la Iglesia.

Os envío mi bendición más cariñosa.

Vuestro Padre

Fernando

[Volver al índice](#)

17. Carta sobre la fraternidad (18-II-2023)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

1. Con esta carta, deseo invitaros a considerar conmigo algunos aspectos contenidos en aquellas palabras del Señor, tantas veces meditadas: «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12).

Jesús nos ha amado hasta el extremo, hasta dar su vida por todos y cada uno. Lo sabemos y deseamos creerlo con una fe más viva y operativa, que le pedimos a Él, como los apóstoles: «Aumentanos la fe» (Lc 17,5). De esta manera, podremos decir con san Juan, plenamente convencidos: «Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16).

«Dios es amor» (1 Jn 4,8), y nos llama al amor: «Esta es nuestra vocación más alta, nuestra vocación por excelencia; y a esta está unida también la alegría de la esperanza cristiana. Quien ama tiene la alegría de la esperanza, de llegar a encontrar el gran amor que es el Señor»¹.

Nuestro amor a Dios –caridad sobrenatural– es correspondencia a ese amor divino por todos y cada uno de nosotros, que el mismo Señor nos pone como modelo y horizonte de nuestro amor a los demás. El amor a Dios y el amor a los demás están tan unidos que, «en un acto cualquiera de fraternidad, la cabeza y el corazón no pueden distinguir en muchas ocasiones si se trata de servicio a Dios o de servicio a los hermanos: porque, en el segundo caso, lo que hacemos es servir a Dios dos veces»².

2. Tan decisivo es en nuestra vida el amor a los demás que «sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos» (1 Jn 3,14). La caridad se desarrolla en innumerables aspectos y alcanza al mundo entero. Nadie nos puede ser indiferente, porque «cada uno de

¹ Francisco, *Audiencia*, 15-III-2017.

² San Josemaría, *Instrucción*, mayo 1935 – septiembre 1950, n. 75. En adelante, los textos en los que no se cita al autor son de San Josemaría.

nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»³.

Con estas líneas, querría que reflexionásemos sobre algunas actitudes y manifestaciones de particular relevancia en las que se expresa la fraternidad. En cierto modo, se resumen en estas palabras de san Josemaría: «¡Con cuánta insistencia el Apóstol San Juan predicaba el *mandatum novum*! –“¡Que os améis los unos a los otros!” –Me pondría de rodillas, sin hacer comedia –me lo grita el corazón–, para pedir os por amor de Dios que os queráis, que os ayudéis, que os deis la mano, que os sepáis perdonar»⁴.

Amplitud de la comprensión

3. La palabra *comprensión*, en el contexto de las relaciones personales, a veces podría evocar solo uno de sus aspectos: el de no extrañarse de los defectos y faltas de los demás. Sin embargo, en ese caso no se entendería del todo aquel punto de *Camino*: «Más que en “dar”, la caridad está en “comprender”»⁵.

La comprensión que es fruto de la caridad, del amor, “comprende”: “ve”, primeramente, no los defectos o las faltas, sino las virtudes y las cualidades de los demás. Recuerdo una meditación predicada por don Javier el 26 de agosto de 1999, durante un curso de verano en Olbeira (una casa de retiros en Galicia, España): nos exhortaba con fuerza y cariño a «no ver a las personas a través de sus defectos, sino a través de sus virtudes». El amor hace ver, con alegría, lo positivo de los demás. «Debemos alegrarnos de la prosperidad del prójimo como de la nuestra»⁶; eso es lo más opuesto a ver a los demás con ese oscuro pecado que es la envidia, en su sentido de tristeza por el bien ajeno.

Por otra parte, cada persona vale siempre más de lo que logramos ver con el conocimiento habitual. En cierto modo, sucede con frecuencia lo que leemos en la Escritura, cuando la Carta a los Hebreos nos exhorta a no olvidar la

³ Benedicto XVI, Homilía, 24-IV-2005.

⁴ *Forja*, n. 454.

⁵ *Camino*, n. 463.

⁶ San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, 5, 3: PL 76, 1094 B.

hospitalidad: gracias a ella, «algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hb 13,2).

4. La comprensión que nace del amor permite ver también los defectos y faltas de los demás: se comprende así a la persona, tanto en lo positivo como en lo negativo. Y podemos estar seguros –el amor lo ve, porque es sapientísimo– de que lo positivo es muy superior a lo negativo. En cualquier caso, lo negativo no es motivo de separación, sino de oración y de ayuda; si cabe, de más cariño; y, si es el caso, de corrección fraterna.

De muchos modos nos ha insistido nuestro Padre en esta manifestación –a veces heroica– de la caridad: «Practicad la corrección fraterna, *ne sit populus Domini sicut oves absque pastore* (Nm 27,17), para que no aparezca esta Familia sobrenatural, que es la Obra de Dios, como un conjunto de ovejas sin pastor. Siempre he enseñado, hijas e hijos míos, que en la Obra cada uno debe ser pastor y oveja»⁷.

5. Todos somos débiles y no podemos extrañarnos de que surjan en nosotros reacciones de contrariedad o de incomprensión hacia otras personas. Pero no debemos aceptar esas reacciones justificándolas; serán más bien momentos para pedir perdón al Señor y para rogarle que nos aumente la capacidad de querer, que nos dé más esa comprensión que es fruto del amor. Y, así, sin desalentarnos ante nuestra debilidad, pediremos ayuda a Dios, para poder decirle al fin, llenos de agradecimiento: «Has dilatado mi corazón» (Sal 119,32).

Es importante, por ejemplo, que luchemos para dominar y mitigar las impacencias que podrían surgir espontáneamente ante defectos reales o no tan reales de otros (a veces, el defecto puede estar más en nuestra mirada). Estas impacencias pueden llevar a la falta de comprensión, y por tanto a la falta de caridad. Son fuertes aquellas antiguas palabras de san Cipriano de Cartago: «La caridad es el lazo que une a los hermanos, el cimiento de la paz, la trabazón que da firmeza a la unidad; la que es superior a la esperanza y a la fe, la que sobrepuja a la limosna y al martirio; la que quedará con nosotros para siempre en el cielo. Quítale, sin embargo, la paciencia, y quedará devastada»⁸.

⁷ Carta 15, n. 169.

⁸ San Cipriano, *De bono patientiæ*, n. 15: PL 4, 631 C.

6. La comprensión, fruto del amor fraterno, conduce también a evitar discriminaciones en las relaciones con unos y otros, que podrían surgir al constatar las diferencias. En realidad, tantas veces esa diversidad es una riqueza de caracteres, sensibilidades, aficiones, etc. Así nos lo explica nuestro Padre: «Habéis de practicar también constantemente una fraternidad, que esté por encima de toda simpatía o antipatía natural, amándoos unos a otros como verdaderos hermanos, con el trato y la comprensión propios de quienes forman una familia bien unida»⁹.

Junto con el esfuerzo por querer y comprender a los demás, es importante también que facilitemos que nos puedan querer. En este sentido, os recuerdo lo que ya os escribí: «Ganar en afabilidad, alegría, paciencia, optimismo, delicadeza, y en todas las virtudes que hacen amable la convivencia es importante para que las personas puedan sentirse acogidas y ser felices»¹⁰. Se crea así un ambiente de fraternidad en el que cada uno potencia el cariño del otro y, juntos, experimentamos ese *ciento por uno* que nos prometió el Señor, y nos encaminamos a la vida eterna (cfr. Mt 19,29).

El tesoro del perdón

7. La comprensión tiene también una relación estrecha con esa realidad de extraordinaria importancia que es el perdón: pedir perdón y perdonar. En abril de 1974, nuestro Padre nos decía que «lo más divino de nuestra vida de cristianos, de hijos de Dios en el Opus Dei, es perdonar a quienes nos hayan hecho daño». Y enseguida añadía, con gran sencillez: «Yo no he necesitado aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer». Entre tantas consecuencias y manifestaciones como tiene la filiación divina, quizá espontáneamente no hubiéramos pensado ante todo en el perdón. Sin embargo, entendemos que nuestro ser hijos de Dios es *nuestro ser Cristo*, nuestra identificación con él. Y Cristo vino a este mundo, el Hijo eterno se hizo Hombre, precisamente para perdonar. Por eso, podemos considerar que «nada nos asemeja tanto a Dios como estar dispuestos al perdón»¹¹.

¡Cuántas veces rezamos y meditamos el padrenuestro! Perdonar a los demás es tan decisivo, que es condición para que Dios nos perdone. Qué bueno es

⁹ Carta 30, n. 28.

¹⁰ Carta pastoral, 1-XI-2019, n. 9.

¹¹ San Juan Crisóstomo, *Comment. in Matthaeum*, Homilía XIX, n. 7: PG 57, 283.

pedir al Señor que nos enseñe a perdonar, de verdad y siempre. Es más, tengamos la audacia santa de pedirle que, como nuestro Padre, lleguemos a querer tanto a los demás que no necesitemos aprender a perdonar¹². Sería estupendo que deseáramos llegar a un punto en el que amemos tanto que nunca nos sintamos ofendidos.

8. Tan importante como comprender y perdonar es aprender a pedir perdón, también en los conflictos pequeños o cotidianos. Un sincero gesto de petición de perdón es, muchas veces, la única manera de restablecer la armonía en las relaciones, aunque pensemos –con más o menos razón– que nosotros hemos sido la parte mayormente ofendida. No es una estricta justicia sin más, basada en cálculos teóricos, la que llevó al Hijo de Dios a pedir perdón a su Padre en nuestro nombre, sino un amor gratuito, que solo tiene en cuenta lo que puede hacer por los demás.

Hijas e hijos míos, no pensemos que esto es muy bonito, pero demasiado para nuestra poquedad. Desde luego, la meta es muy alta. Sin embargo, con la gracia de Dios podemos ir acercándonos poco a poco a ella, si no dejamos de poner de nuestra parte un esfuerzo espiritual –correspondencia del amor al Amor– que se renueve cada día.

Espíritu de servicio

9. «La mayor ambición de los hijos de Dios en su Opus Dei (...) ha de ser siempre *servir*»¹³. Entendemos bien esta insistencia de san Josemaría, cuando leemos y meditamos las palabras del Señor: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45); «Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve» (Lc 22,27).

El espíritu de servicio es expresión del amor, del cariño de sentir muy nuestras las necesidades de los demás. Con qué fuerza nos lo explicaba nuestro Padre: «No me importa repetirlo muchas veces. Cariño, lo necesitan todas las personas, y lo necesitamos también en la Obra. Esforzaos para que, sin sensiblerías, aumente siempre el afecto hacia vuestros hermanos. Cualquier cosa de otro hijo mío debe ser –¡de verdad!– muy nuestra: el día

¹² Cfr. *Surco*, n. 804.

¹³ *Carta* 15, n. 38.

que vivamos como extraños o como indiferentes, hemos matado el Opus Dei»¹⁴.

Sin querer, podríamos vivir como extraños o indiferentes por excedernos en actividades que de hecho nos impidiesen conocernos, relacionarnos, interesarnos positivamente por los demás. Hijas e hijos míos, me vienen a la cabeza y al corazón aquellas palabras que san Josemaría nos decía con toda la fuerza de su alma: «¡Que os queráis!».

10. Deseamos servir a los demás, sabiendo que así servimos a Jesucristo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). Por esto, es bueno que pensemos, cada uno: «Solo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama»¹⁵.

Todos tenemos experiencia de que servir a los demás comporta con frecuencia un cierto esfuerzo. «No penséis (...) que sea fácil hacer de la vida un servicio. Es necesario traducir en realidades ese buen deseo, *porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en la virtud* (1 Cor 4,20), y la práctica de una ayuda constante a los demás no es posible sin sacrificio»¹⁶. Pero ese esfuerzo, realizado por amor, es siempre fuente de alegría; una alegría que, en cambio, no puede surgir del egoísmo.

El espíritu de servicio, en fin, es expresión del amor fraterno, y «el amor fraterno solo puede ser gratuito, nunca puede ser un pago por lo que otro realice ni un anticipo por lo que esperamos que haga»¹⁷.

Sembradores de paz y de alegría

11. Una manifestación del espíritu de servicio, que de algún modo las incluye todas, es la de *sembrar paz y alegría*. Como esta paz y esta alegría solo podemos darlas si las tenemos, y ambas son un don de Dios, la mejor manera de crecer en ellas es cuidar con delicadeza nuestros momentos de intimidad con Dios: los sacramentos y la oración personal.

¹⁴ AGP, biblioteca, P01.

¹⁵ Benedicto XVI, Enc. *Deus caritas est*, n. 18.

¹⁶ *Carta 8*, n. 4.

¹⁷ Francisco, Enc. *Laudato si'*, n. 228.

En la vida de cada persona no faltan, con mayor o menor frecuencia, con mayor o menor intensidad, penas y sufrimientos que tienden a producir diversos sentimientos de intranquilidad y de tristeza. Son estados de ánimo que pueden asomar a nuestra alma y que podemos y debemos superar, reconquistando la alegría mediante la fe en el amor que Dios tiene hoy y ahora por cada una y cada uno (cfr. 1 Jn 4,16).

Necesitamos enraizar nuestra alegría, no en nosotros mismos, sino en el Señor. Así, a pesar de los pesares, podremos tener la fortaleza de ánimo para olvidarnos más de nosotros mismos y para transmitir a los demás esa alegría que procede de Dios. Leamos en ese sentido, como dirigidas también a nosotros, estas palabras del libro de Nehemías: «No estéis tristes, porque el gozo del Señor es vuestra fortaleza» (Ne 8,10).

12. Con cierta frecuencia, en las cartas que me escribís me dais noticias de situaciones difíciles por las que pasáis. Querría estar muy cerca de cada una y de cada uno, acompañándoos en el cuidado de ese hijo enfermo, de esa madre ya muy limitada por la edad, o en situaciones que suponen especial sufrimiento. Procuro llevar todo lo vuestro en mi corazón y en mi Misa de cada día.

En estas y en tantas otras circunstancias, recordemos que el Señor bendice con la cruz y que, como aseguraba con abundante experiencia nuestro Padre, «el auténtico amor trae consigo la alegría: una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz»¹⁸. Además, con la fraternidad bien vivida, nunca estamos solos: todos juntos –*cor unum et anima una*– llevamos la dulce carga de la cruz del Señor, con la certeza interior de que, en definitiva, su yugo es suave y su carga ligera (cfr. Mt 11,30). En ese sentido, muchas veces habremos leído y meditado, con el sincero deseo de hacerlas vida propia, aquellas palabras de san Josemaría: «Entregarse al servicio de las almas, olvidándose de sí mismo, es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría»¹⁹.

¹⁸ *Forja*, n. 28.

¹⁹ *Carta 2*, n. 15.

Vida en familia

13. La gran mayoría de vosotros no vivís en un centro de la Obra. Sin embargo, como escribe nuestro Padre, «todos los que pertenecemos al Opus Dei, hijos míos, formamos un solo hogar: la razón de que constituyamos una sola familia no se basa en la materialidad de convivir bajo un mismo techo. Como los primeros cristianos, somos *cor unum et anima una* (Hch 4,32) y nadie en la Obra podrá sentir jamás la amargura de la indiferencia»²⁰.

Para que esta gran mayoría de la Obra que no vivís en los centros — supernumerarios y agregados— recibáis y contribuyáis al calor de *hogar* del Opus Dei, es necesario que algunos —las numerarias y los numerarios— construyan también materialmente ese hogar en las sedes de los centros, de los que todos los demás participáis según vuestras circunstancias. Ciertamente, las sedes materiales son muy útiles para tener los medios de formación, para acoger actividades apostólicas, etc., aunque sabéis que todas estas cosas también se realizan cuando no hay esas sedes, especialmente en los lugares en que la labor apostólica está aún muy en los comienzos.

Como es natural, a veces hay situaciones de trabajo, de salud, de deberes familiares, etc., que aconsejan o incluso hacen necesario que algunas numerarias y numerarios no residáis en las sedes de los centros, sin que esto deba disminuir vuestra responsabilidad y vuestra dedicación —distinta, pero real— a la construcción de nuestro hogar.

14. Lo normal es que en muchas familias convivan personas de generaciones distintas (abuelos, padres, hijos) y caracteres diversos, y también son frecuentes las familias con enfermos crónicos más o menos graves. Si bien es cierto que todo eso puede dar a veces ocasión a que la unidad familiar se deteriore, también es verdad que, con mucha frecuencia, esas y otras dificultades pueden unir más a las familias, cuando hay verdadero amor.

Hijas e hijos míos, la Obra es una familia muy numerosa, en la que hay personas de edades y personalidades distintas, y también enfermos. Gracias a Dios, es una realidad magnífica el cuidado y cariño con que procuramos cuidar a los enfermos en Casa.

15. En algunos centros hay situaciones que pueden resultar más difíciles. Si alguna vez os resulta cansada la vida en familia, buscad con sinceridad la

²⁰ Carta 11, n. 23.

causa de ese cansancio para ponerle remedio: pensad si se debe solo a una escasez de medios materiales, o al natural esfuerzo que puede suponer la dedicación a cuidar a los demás; o si se debe también a un enfriamiento del cariño. Si esto último fuera el caso, tampoco os sorprendáis ni os desalentéis; os animo a pedir a Dios, con sencillez y audacia, que os agrande el corazón, que os ayude a verle a Él en los demás, de manera que eso os llene de alegría, como los discípulos al ver al Señor resucitado: «Al ver al Señor, los discípulos se alegraron» (Jn 20,20).

Por otro lado, a veces detrás de un determinado carácter hay unos sufrimientos que quizá explican esa manera de ser o de actuar. Dios conoce a fondo a cada uno, también los tramos dolientes, y nos mira a todos con ternura. Aprendamos del Señor a mirar así, a comprender a todos –de intento os lo repito–, a ponernos en el lugar del otro. «¡Cuántos temores y cuántos peligros puede disipar el amor verdadero entre los hermanos, que no se nombra –porque entonces parece como si se profanase–, pero que resplandece en cada detalle!»²¹.

No dejemos de agradecer al Señor el hogar que nos ha dado, con esa rica diversidad de caracteres personales, de situaciones sociales y de culturas. Y, a la vez, sintamos la responsabilidad de mantener en él un tono, un ambiente caracterizado también por «una extremada delicadeza en el trato mutuo»²².

En la Iglesia y en el mundo

16. El cuidado de la fraternidad es una manifestación de que la Obra, como parte de la Iglesia, es familia de Dios. Si procuramos querernos, comprendernos, perdonarnos, servirnos, también contribuiremos muy directamente, por la comunión de los santos, a la unidad de todos los creyentes, y de la humanidad entera. San Josemaría decía que «el principal apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de la auténtica caridad. Cuando no nos amamos de verdad, cuando hay ataques, calumnias y rencillas, ¿quién se sentirá atraído por los que sostienen que predicán la Buena Nueva del Evangelio?»²³. Pido al Señor que seamos

²¹ *Surco*, n. 767.

²² *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 63.

²³ *Amigos de Dios*, n. 226.

siempre instrumentos de unidad en nuestra propia casa, en la Obra, en la Iglesia y en toda la sociedad.

El cuidado de la fraternidad también aportará luz y calor a nuestro mundo, que muchas veces se encuentra a oscuras, o que sufre el frío de la indiferencia. Nuestros hogares –los de los agregados, los de los supernumerarios y los centros de la Obra– han de ser «luminosos y alegres». Hogares abiertos, en los que puedan participar muchas personas, también aquellas a las que quizá les falta ese calor de hogar. El testimonio de una familia cristiana que procura estar unida, de modo que aun con sus limitaciones personales, cada uno mantiene la disposición de perdonar, de querer, de servir, será un punto de referencia para muchos. Como sobre todo lo fue, lo es y lo será siempre el hogar de Nazaret. No olvidemos aquello que nos decía san Josemaría: «A esa familia pertenecemos».

La fraternidad bien vivida es un apostolado inmediato: tantas personas verán el cariño que nos tenemos y podrán exclamar, como lo hicieron con los primeros cristianos, «mirad cómo se aman»²⁴; se sentirán atraídos por ese amor cristiano, por esa «caridad que es una cierta participación del amor infinito, que es el Espíritu Santo»²⁵.

17. Termino ya, releendo con vosotros estas otras palabras de nuestro Padre: «Corazón, hijos míos, poned el corazón en serviros. Cuando el cariño pasa por el Corazón Sacratísimo de Jesús y por el Dulcísimo Corazón de María, la caridad fraterna se ejercita con toda su fuerza humana y divina. Anima a soportar la carga, quita pesos, asegura la alegría en la pelea. No es algo pegadizo, es algo que fortalece las alas del alma para alzarse más alta; la caridad fraterna, que no busca su propio interés (cfr. 1 Cor 13,5), permite volar para alabar al Señor con un espíritu de sacrificio gustoso»²⁶.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al índice](#)

²⁴ Tertuliano, *Apologeticum*, 39: PL 1, 471.

²⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, II-II, q. 24, a. 7 c.

²⁶ *Carta 14-II-1974*, n. 23.

18. Mensaje con ocasión de la finalización Congreso General extraordinario (17-IV-2023)

Queridísimos: ¡Que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Acaba de terminar el Congreso general extraordinario y deseo escribiros estas líneas para agradecer de nuevo vuestra oración. Han sido días en que hemos pedido de un modo especial la ayuda del Espíritu Santo. Hemos constatado una vez más los lazos de filiación y de fraternidad que nos unen, así como el amor a la Iglesia y al Santo Padre. Al mismo tiempo, en los ratos de familia que hemos vivido, resultaba fácil dar gracias a Dios por tantas iniciativas de evangelización y servicio a muchas almas en todo el mundo. Al confluir en Roma personas de tantos países, ha sido también natural tener muy presente todo el Opus Dei, a todos los cooperadores y amigos, rezar los unos por los otros y, especialmente, por los que vivís en naciones azotadas por la guerra, o por las distintas formas de pobreza y necesidad.

Durante los días pasados, vuestras hermanas y hermanos congresistas han podido trabajar a fondo sobre las sugerencias llegadas de todas las regiones y va quedando perfilada una propuesta de ajustes a los Estatutos que responde a la petición del Papa en el *Motu proprio Ad charisma tuendum*, y que será entregada en los próximos meses a la Santa Sede.

Como os dije en el mensaje anterior, las sugerencias que no eran aplicables a lo que ahora pedía la Santa Sede se podrán estudiar durante las próximas Semanas de trabajo y como preparación del próximo Congreso general ordinario, que se celebrará en 2025. Como también os adelanté, a diferencia de otros congresos en que se fijan algunas prioridades apostólicas, el objeto único en este caso era preparar la propuesta antes mencionada. Por esta razón, el resultado final sólo se podrá conocer tras el estudio de la Santa Sede, a quien corresponde la última palabra.

En los trabajos de estos días nos han guiado dos criterios fundamentales: la fidelidad al carisma que recibió san Josemaría el 2 de octubre de 1928 y la

filial adhesión a la voluntad expresada por el Santo Padre. Como pedía el Papa en el *Motu proprio*, se ha procurado expresar con más claridad la dimensión carismática de la Obra (cfr. *Ad charisma tuendum* n. 4), que se vive y se realiza en comunión con las iglesias particulares y con los Obispos que las presiden. La Prelatura del Opus Dei es una familia fruto de unos vínculos de paternidad, filiación y fraternidad.

Estas jornadas del congreso se han caracterizado por un ambiente de serenidad y también de buen humor, y por una activa participación de todos y todas. Cada uno se ha podido manifestar con total libertad, tanto en los grupos de trabajo como en las sesiones plenarias. Además, deseo subrayar que, al estudiar las sugerencias, se ha advertido una gran sintonía entre muchas personas de procedencia muy diversa, y de variada formación y cultura. Ha sido una manifestación elocuente de unidad en torno al “don del Espíritu recibido por san Josemaría” (*Ad charisma tuendum*, preámbulo).

Con la alegría de la Pascua y con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al índice](#)

DISCURSOS Y CLASES

19. Conferencia “Agrandar el corazón” (29-IX-2022)

Algunas consideraciones sobre la acción social del cristiano a la luz del mensaje de san Josemaría. Conferencia pronunciada el 29 de septiembre de 2022 en Roma en la jornada #BeToCare, en la que participaron 200 emprendedores sociales de 30 países.

Con motivo del décimo aniversario de *Harambee*, Mons. Javier Echevarría pronunció la conferencia *El corazón cristiano, motor del desarrollo social*¹. Al cumplirse 20 años de la misma iniciativa y en el marco de esta Jornada sobre innovación social, quisiera continuar las reflexiones de mi predecesor. A la luz de la doctrina social de la Iglesia y del mensaje de san Josemaría, me detendré sobre la dimensión social de la vocación cristiana.

Hace diez años, don Javier nos recordaba que el diálogo entre Jesús y un doctor de la Ley expresa que el amor a Dios es inseparable del amor a los demás: «cuando un doctor de la ley le preguntó cuál era el primer mandamiento, el Señor no se limitó a indicar que el amor a Dios es el más grande y primer mandamiento, sino que añadió la necesidad de amar al prójimo como mandamiento incluido en el primero (Mt 22, 35-39)»².

Es importante tener presente la dimensión relacional de la persona. Benedicto XVI, en la encíclica *Caritas in veritate*, afirma que «la criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal». Esta realidad «obliga a una *profundización crítica y valorativa de la categoría de la relación (...)*» y ayuda a «captar con claridad la dignidad trascendente del hombre»³.

¹ Javier Echevarría, conferencia *El corazón cristiano, motor del desarrollo social*, octubre 2012, Pontificia Universidad de la Santa Cruz.

² *Ibíd.*

³ Benedicto XVI, encíclica *Caritas in veritate*, 29-VI-2009, n. 53, subrayado en el original.

Vosotros, con modos y perspectivas muy diversas, os dedicáis profesionalmente a cuidar y dignificar personas, especialmente a las más necesitadas. Sabéis por experiencia que, aunque las instituciones y las estructuras sean necesarias, para lograr el verdadero desarrollo integral, es preciso también el encuentro entre personas, crear los contextos y las condiciones para que el desarrollo pueda ocurrir, para que la persona tenga la oportunidad de perfeccionarse en todas sus dimensiones. Como discípulos de Jesucristo, estamos llamados por un nuevo título -el de cristianos- a cuidar a las personas, a cuidar el mundo.

¿Qué vemos en el mundo? Junto a nuevas posibilidades de promoción humana ofrecidas por los avances en salud, tecnología, comunicaciones y tantos ejemplos inspiradores, afloran las injusticias y heridas por las que sangra la humanidad. «En el mundo actual, la pobreza presenta muchos rostros diversos: enfermos y ancianos que son tratados con indiferencia, la soledad que experimentan muchas personas abandonadas, el drama de los refugiados, la miseria en la que vive buena parte de la humanidad como consecuencia muchas veces de injusticias que claman al Cielo»⁴.

Como os decía también en una carta de 2017, «Nada de esto nos puede resultar indiferente», todos y todas estamos llamados a «poner en movimiento la “*imaginación de la caridad*» para llevar el bálsamo de la ternura de Dios a todos nuestros hermanos que pasan necesidad»⁵.

Cuando los seres humanos ignoran o se desentienden de su condición de ser hijos de Dios, todas sus relaciones quedan afectadas: con uno mismo, con los demás y con la creación. Como ha dicho el Papa Francisco, la interdependencia se transforma en dependencias, «perdemos esta armonía de interdependencia en la solidaridad»⁶.

Somos corresponsables de cuidar el mundo, estableciendo relaciones fundadas en la caridad, la justicia y el respeto, especialmente superando la enfermedad de la indiferencia. San Juan Pablo II escribió: «Sí, cada hombre es «guarda de su hermano», porque Dios confía el hombre al hombre»⁷.

⁴ Fernando Ocáriz, *Carta pastoral*, 14-II-2017, n. 31.

⁵ *Ibíd.*

⁶ Francisco, *Audiencia general*, 2-IX-2020.

⁷ San Juan Pablo II, encíclica *Evangelium vitae*, 25-III-1995, n. 19.

Buena parte de las iniciativas a las que representáis han nacido por inspiración de san Josemaría. Y muchos de vosotros, a partir de la misma inspiración, trabajáis en organizaciones de signos y orientaciones diversas porque os habéis sentido empujados a «hacer algo», a no quedaros con los brazos cruzados.

Está en el núcleo del espíritu del Opus Dei convertir las realidades ordinarias en lugar de encuentro con Dios y de servicio a los demás; la aspiración de personas maduras, sensibles hacia los demás y profesionalmente competentes, que buscan hacer del mundo un lugar más justo y fraterno. «Amar al mundo apasionadamente», implica conocerlo, cuidarlo y servirlo.

La actitud ante las necesidades sociales la resumía san Josemaría en una carta publicada en los años 50 del siglo pasado: «Un cristiano no puede ser individualista, no puede desentenderse de los demás, no puede vivir egoístamente, de espaldas al mundo: es esencialmente social, miembro responsable del Cuerpo Místico de Cristo»⁸.

De la mano del fundador del Opus Dei, en esta sesión me detendré en cuatro dimensiones: la espiritual, la profesional, la personal y la colectiva.

La dimensión espiritual

Podría parecer utópico pensar que somos capaces de hacer algo para paliar el sufrimiento de la humanidad. Sin embargo, sabemos que es Jesús quien carga con el dolor humano. Las llagas en su costado, en sus manos y en sus pies recuerdan las llagas del mundo. Y Jesús nos ha dicho: «lo que hicisteis con uno de estos conmigo lo hicisteis»⁹.

El camino de identificación con Cristo va transformando el corazón humano y lo abre a la caridad. La unión con el Señor, en los sacramentos y en la oración, lleva a descubrir al prójimo y sus necesidades y a prestar menos atención a uno mismo. La caridad cambia la mirada. «La caridad de Cristo no es solo un buen sentimiento en relación al prójimo; no se para en el gusto por la filantropía. La caridad, infundida por Dios en el alma, transforma

⁸ San Josemaría, *Cartas (Vol. I)*, Carta n. 3, n. 37.

⁹ Mt 25, 40.

desde dentro la inteligencia y la voluntad: fundamenta sobrenaturalmente la amistad y la alegría de obrar bien»¹⁰.

Hace un tiempo, en una carta os invitaba a pedir al Señor que nos agrandara el corazón, que nos diera un corazón a su medida «para que entren en él todas las necesidades, los dolores, los sufrimientos de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, especialmente de los más débiles»¹¹. Un corazón orante, en medio del mundo, que sostiene y acompaña a los demás en sus necesidades.

La identificación con Jesús nos abre a las necesidades de los demás. Al mismo tiempo, el contacto con el necesitado, nos lleva a Jesús. Por eso, san Josemaría escribía: «Los pobres —decía aquel amigo nuestro— son mi mejor libro espiritual y el motivo principal para mis oraciones. Me duelen ellos, y Cristo me duele con ellos. Y, porque me duele, comprendo que le amo y que les amo»¹².

Jesús tuvo predilección por los pobres y por quienes sufrían, pero también quiso ser él mismo necesitado y víctima. En la persona que sufre se entrevé a Jesús que nos habla. ¿Sabemos aprender de los pobres, encontrar en ellos el rostro de Cristo y -como dice el Papa Francisco- «dejarnos evangelizar por ellos»¹³? Desde la primitiva Iglesia se ha entendido que el mensaje Evangélico pasaba por la preocupación por los pobres y que es un signo reconocible de identidad cristiana y un elemento de credibilidad¹⁴.

La dimensión profesional

Deseamos poner a Cristo en el corazón de todas las actividades humanas, santificando el trabajo profesional y los deberes ordinarios del cristiano. Esta misión se desarrolla en medio de la calle, en la sociedad, especialmente con el trabajo. Como nos recuerda san Josemaría, «el trabajo corriente —sea humanamente humilde o brillante— es de un gran valor y puede ser un medio eficacísimo para amar y servir a Dios y a los demás hombres». E invita a todos «a trabajar —con plena autonomía, del modo que les parezca

¹⁰ San Josemaría, “El respeto cristiano a la persona y su libertad”, *Es Cristo que pasa*, n. 71.

¹¹ Fernando Ocariz, *Carta pastoral*, 14-II-2017, n. 31.

¹² San Josemaría, *Surco*, n. 827.

¹³ Francisco, *Mensaje V Jornada mundial de los Pobres*, 14-XI-2021.

¹⁴ Cfr. Benedicto XVI, encíclica *Deus caritas est*, 25-XII-2005, n. 20.

mejor— para borrar las incomprensiones y las intolerancias entre los hombres y para que la sociedad sea más justa»¹⁵.

Para quien desea seguir a Cristo, cualquier trabajo es una oportunidad de servir a los demás y especialmente a los más necesitados. Hay profesiones en las que esta repercusión social se da de un modo más inmediato o evidente, como en vuestro caso, el trabajo en organizaciones centradas en mejorar las condiciones de vida de personas o grupos desfavorecidos. Pero esta dimensión de servicio no es solo para algunos, ha de estar presente en cualquier trabajo honrado.

Desde que san Josemaría comenzó a difundir su mensaje, decía que para santificar el mundo no era necesario cambiar de lugar, profesión o ambiente. Se trata de cambiar uno mismo en el lugar en el que se encuentra.

En el ideal cristiano del trabajo confluyen la caridad y la justicia. Lejos de las lógicas del «éxito», el servicio a los demás es el mejor parámetro del desempeño laboral de un cristiano. Satisfacer las exigencias de la justicia en el trabajo profesional es un objetivo alto y ambicioso; cumplir con las propias obligaciones no siempre es fácil y la caridad va siempre más lejos, pidiendo a cada una y a cada uno salir generosamente de uno mismo hacia los demás.

En la parábola del buen samaritano, el posadero pasa como en segundo plano: solo se dice que actuó profesionalmente. Su conducta nos recuerda que el ejercicio de cualquier tarea profesional nos da ocasión de servir a quienes padecen necesidad.

A veces, podría insinuarse la tentación de «refugiarse en el trabajo», en el sentido de no descubrir su dimensión social transformadora, conformándonos con un falso espiritualismo. El trabajo santificado es siempre una palanca de transformación del mundo, y el medio habitual a través del cual se deberían producir los cambios que dignifican la vida de las personas, de modo que la caridad y la justicia empapen verdaderamente todas las relaciones. El trabajo así realizado podrá contribuir a purificar las

¹⁵ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 56.

estructuras de pecado¹⁶, convirtiéndolas en estructuras donde el desarrollo humano integral sea una posibilidad real.

La fe nos ayuda a mantener la confianza en el futuro. Como aseguraba san Josemaría, «nuestra labor apostólica contribuirá a la paz, a la colaboración de los hombres entre sí, a la justicia, a evitar la guerra, a evitar el aislamiento, a evitar el egoísmo nacional y los egoísmos personales: porque todos se darán cuenta de que forman parte de toda la gran familia humana, que está dirigida por voluntad de Dios a la perfección. Así contribuiremos a quitar esta angustia, este temor por un futuro de rencores fratricidas, y a confirmar en las almas y la sociedad la paz y la concordia: la tolerancia, la comprensión, el trato, el amor»¹⁷.

La dimensión personal

El mensaje del Opus Dei nos impulsa a esforzarnos por la transformación del mundo a través del trabajo. Esto incluye también «tener compasión», como el samaritano¹⁸, como exigencia del amor, que lleva la ley («lo obligatorio»), a su plenitud¹⁹. El amor hace que nuestra libertad se encuentre cada vez más dispuesta y preparada para hacer el bien.

Escribía san Josemaría en una carta fechada en 1942: «La generalización de los remedios sociales contra las plagas del sufrimiento o de la indigencia – que hacen posible hoy alcanzar resultados humanitarios, que en otros tiempos ni se soñaban–, no podrá suplantar nunca la ternura eficaz — humana y sobrenatural— de este contacto inmediato, personal, con el prójimo: con aquel pobre de un barrio cercano, con aquel otro enfermo que vive su dolor en un hospital inmenso (...)»²⁰.

Se presenta ante nosotros un panorama amplísimo en la familia y en la sociedad, y un corazón ensanchado, tratará de cuidar con esmero a sus padres ancianos, dar limosna, interesarse por los problemas de los vecinos, rezar por un amigo agobiado por una preocupación, visitar un pariente enfermo en el hospital o en su casa, pararse a hablar con una persona que

¹⁶ Cfr. San Juan Pablo II, encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 30-XII-1987, n. 36.

¹⁷ San Josemaría, *Cartas (Vol. I)*, Carta n. 3, n. 38.

¹⁸ Cfr. Lc 10, 33.

¹⁹ Cfr. Rm 13, 8-10.

²⁰ San Josemaría, *Carta 24-X-1942*, n. 44: AGP, serie A.3, 91-7-2.

vive en la calle a la que vemos habitualmente, escuchar pacientemente, etc., etc.

De ordinario, no se trata de sumar nuevas tareas a las que ya realizamos; se trata más bien de procurar manifestar desde la propia identidad el amor de Cristo a los demás. La pregunta sobre la caridad no es solo qué tengo que hacer sino, antes, quién soy para el otro y quién es el otro para mí.

En este cultivo diario de la solidaridad, nos encontramos con los demás y así las necesidades de otros se convierten también en un punto de encuentro entre personas de buena voluntad, cristianos o no, pero unidos ante las situaciones de pobreza e injusticia.

Este diálogo con la necesidad y la vulnerabilidad, seguramente tendrá como resultados una piel sensible y una vida de oración cercana a la realidad. Estaremos preparados para tomar decisiones de mayor austeridad personal, evitando el consumismo, el atractivo de la novedad, el lujo... y sabremos renunciar a bienes innecesarios que quizá nos podríamos permitir por nuestra situación profesional. Seremos así permeables al cambio personal, a tener los oídos abiertos al Espíritu Santo y escuchar lo que nos dice a través la pobreza.

La relación de Cristo con los necesitados es uno a uno. Ciertamente, las obras colectivas son necesarias, pero la caridad es personal, porque así es nuestra relación con Dios. En una cristiana o en un cristiano maduro, el despliegue de las obras de misericordia²¹ vividas personalmente fluye de manera orgánica, al igual que un árbol que, mientras crece, da más fruto y sombra. Desde esta perspectiva, se percibe también la complementariedad que existe entre las diversas manifestaciones del apostolado personal y la generosidad con los necesitados.

San Josemaría describía la trascendencia social de la caridad personal en medio del mundo, acudiendo al ejemplo de los fieles de la primitiva Iglesia: «Así actuaron los primeros cristianos. No tenían, por razón de su vocación sobrenatural, programas sociales ni humanos que cumplir; pero estaban

²¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2447.

penetrados de un espíritu, de una concepción de la vida y del mundo, que no podía dejar de tener consecuencias en la sociedad en que se movían»²².

La dimensión colectiva

No quiero dejar de agradecer el bien que hacéis a través de las labores inspiradas por san Josemaría y a quienes trabajáis, también inspirados por él, en distintas organizaciones que prestan un servicio directo a los más necesitados. Pienso en aquel joven sacerdote que cuidaba pobres y enfermos en el Madrid de los años 30 del siglo XX. La «piedra caída en el lago»²³ ha llegado lejos. Aunque somos conscientes de nuestras limitaciones, damos gracias a Dios y le pedimos ayuda para mejorar y continuar.

Las obras colectivas mantienen viva la sensibilidad social cristiana y son una expresión civil y pública de misericordia. Como dice el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, «en muchos aspectos, el prójimo que tenemos que amar se presenta “en sociedad” (...): amarlo en el plano social significa, según las situaciones, servirse de las mediaciones sociales para mejorar su vida, o bien eliminar los factores sociales que causan su indigencia. La obra de misericordia con la que se responde aquí y ahora a una necesidad real y urgente del prójimo es, indudablemente, un acto de caridad; pero es un acto de caridad igualmente indispensable el esfuerzo dirigido a organizar y estructurar la sociedad de modo que el prójimo no tenga que padecer la miseria, sobre todo cuando ésta se convierte en la situación en que se debaten un inmenso número de personas y hasta de pueblos enteros, situación que asume, hoy, las proporciones de una verdadera y propia *cuestión social mundial*»²⁴.

San Josemaría recordaba que «el Opus Dei [ha de estar presente] donde hay pobreza, donde hay falta de trabajo, donde hay tristeza, donde hay dolor, para que el dolor se lleve con alegría, para que la pobreza desaparezca, para que no falte trabajo —porque formamos a la gente de manera que lo pueda tener—, para que metamos a Cristo en la vida de cada uno, en la medida en que quiera, porque somos muy amigos de la libertad». ²⁵Con las limitaciones

²² San Josemaría, *Carta 9-I-1959*, n. 22.

²³ San Josemaría, *Camino*, n. 831.

²⁴ *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 208.

²⁵ San Josemaría, cit. en *Una mirada hacia el futuro desde el corazón de Vallecas*, Madrid, 1998, p. 135 (palabras pronunciadas el 1-X-1967).

propias de las instituciones humanas, las realidades colectivas promovidas por los fieles del Opus Dei tratan también de encarnar y expresar el espíritu de servicio en el ámbito social.

En vuestra actividad se fusionan todas las dimensiones que consideramos: fundamento espiritual, trabajo profesional y cuidado de los necesitados tomados como grupo (caridad social) en el que se afirma también la dignidad de cada uno (caridad personal). Se une así la necesaria competencia profesional de un área que requiere cada vez más especialización, con el espíritu cristiano expresado en las obras de misericordia. Se podría decir que quienes promovéis o colaboráis con estas labores aspiráis a ser al mismo tiempo samaritanos y posaderos.

Por otra parte, cada labor colectiva, y no sólo las directamente percibidas como «sociales», puede tener una dimensión social explícita, una preocupación por el entorno, unos fines de servicio a los demás, un modo de relacionarse con los pobres, una intención de reconciliar al mundo con Dios... Toda obra colectiva de inspiración cristiana (un colegio, una universidad, una escuela de negocios, un hospital, una residencia, etc.), aunque su misión inmediata no consista en favorecer colectivos necesitados, ha de integrar en su *ethos* este rasgo central del cristianismo que es la caridad social.

En este sentido, es lógico que cada labor colectiva se pregunte habitualmente sobre las expresiones prácticas y tangibles de su contribución social y de su servicio a las personas más necesitadas. Esa contribución es un efecto connatural de esa actividad, no un simple añadido.

Conviene preguntarse, «desde que existe esta iniciativa, ¿a qué necesidades sociales procura dar respuesta?, ¿en qué ha mejorado el entorno?» El Señor nos pide que, desde la imaginación de la caridad, reflexionemos sobre este aspecto en cada labor.

En el horizonte del centenario del Opus Dei (2028-2030)

Los próximos años ofrecen una ocasión especial para revitalizar el servicio a los necesitados de manera personal o colectiva, tomando una mayor conciencia de su importancia en el mensaje de san Josemaría. En esto, son

especialmente valiosas las ideas y propuestas de quienes os dedicáis de un modo inmediato a este ámbito.

Junto a los temas que propondréis, sugiero dos posibles líneas de reflexión.

Trabajar con otros. San Josemaría animó siempre a los fieles de la Obra a abrirse en abanico, a trabajar con muchas otras personas, también no católicas y no cristianas, en proyectos de servicio. La globalización ha provocado que la distribución de los recursos, las migraciones, la falta de acceso a la educación, la concatenación de crisis económicas, las pandemias y otros desafíos, afecten cada vez a más personas. Se percibe vivamente la dependencia mutua de la familia humana y se mira el mundo como un hogar compartido. Cada vez se hacen más indispensables las instituciones de desarrollo de todo tipo y se abre paso la idea de colaboración y coordinación de conocimientos y esfuerzos. En un momento en el que el sufrimiento es en cierto modo global, deberíamos sentirnos más que nunca hijos de un mismo Padre.

Investigación y estudio. Vuestra labor os coloca en observatorios desde los que podéis atisbar tendencias de futuro. Esa posición, unida a dilatadas experiencias de trabajo en el área de desarrollo en diferentes culturas y países, permite pensar en espacios específicos de investigación y estudio. Esto podría dar lugar a propuestas de buenas prácticas, programas de formación de voluntarios, tareas de consultoría, convocatorias de congresos y encuentros con instituciones similares por la materia o afinidades regionales, acuerdos con centros académicos para profundizar sobre temas sociales desde distintas perspectivas, aunando el trabajo sobre el terreno con la investigación académica. Estas posibilidades recuerdan la aspiración de san Josemaría, que veía a los cristianos «*in ipso ortu rerum novarum*», en el mismo origen de los cambios sociales.

Desearía concluir con otras palabras fuertes y estimulantes de san Josemaría: «Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo. Los cristianos — conservando siempre la más amplia libertad a la hora de estudiar y de llevar a la práctica las diversas soluciones y, por tanto, con un lógico pluralismo—, han de coincidir en el idéntico afán de servir a la humanidad. De otro modo,

su cristianismo no será la Palabra y la Vida de Jesús: será un disfraz, un engaño de cara a Dios y de cara a los hombres»²⁶.

Ojalá, la reflexión que comenzáis hoy con vistas al centenario de la Obra, sirva para profundizar en esta llamada de nuestro fundador, y a concretarla en el plano espiritual y personal, en el trabajo profesional y en todas las iniciativas sociales y educativas que, de un modo u otro, encuentran inspiración en su mensaje. En este campo, como en otros, se pueden aplicar las palabras de san Josemaría: está todo hecho y está todo por hacer. Seguro que nos animaría a seguir soñando.

[Volver al índice](#)

²⁶ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 167.

20. Discurso en el acto de apertura del año académico de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (3-X-2022)

Toda la Iglesia ha emprendido el camino sinodal al que el Santo Padre nos ha llamado repetidamente. Además de recordar la participación personal de algunos miembros de nuestra universidad en las diversas etapas de este camino, quisiera reflexionar hoy sobre cómo el espíritu de la sinodalidad puede estar presente en la vida universitaria. En efecto, ese «caminar juntos» a través del encuentro, la escucha y el discernimiento puede vivirse también dentro de una realidad académica.

Este «caminar juntos» da un nuevo sentido a las relaciones de los estudiantes con los profesores, las autoridades académicas, el personal técnico-administrativo y todos aquellos que, de alguna manera, colaboran en la vida de la Universidad. El mismo trabajo de los profesores es un «caminar juntos» que se desarrolla en un ambiente de servicio, respeto y aprecio de cada persona. En este caminar, los alumnos se enriquecen asimilando la excelencia de los conocimientos de sus profesores y el estilo con el que realizan su trabajo, en el que la exigencia y la seriedad van de la mano de la atención a cada persona. Este «caminar juntos» afecta también a la investigación universitaria, que los profesores llevan a cabo sobre todo gracias a la participación activa de los estudiantes en las clases, en los seminarios y, de modo particular, por medio de la elaboración de sus tesinas y tesis doctorales. Las relaciones con las autoridades académicas —las de los departamentos e institutos, las de las facultades, el rectorado o la cancillería— deben inspirarse en una aceptación fiel y leal de todo lo que exige el bien común de la institución, y estar impregnadas de un profundo sentido de servicio en el desempeño de todos los cargos de gobierno. El «caminar juntos» incluye también la relación de confianza y cooperación entre profesores, estudiantes y personal no docente, que desempeña otras tareas en la Universidad y contribuye, de manera igualmente importante, a crear un entorno humano agradable y estimulante. Nos referimos a todas las actividades de apoyo al gobierno de la universidad, a los servicios ofrecidos

por la biblioteca, a los servicios administrativos, a la edición de publicaciones, a los servicios informáticos, a las distintas secretarías, a la organización de eventos y a todos los demás servicios, como el cuidado material de los locales, la conserjería y la limpieza. Por último, hay que destacar el camino común de la Universidad con los numerosos benefactores de todo el mundo, cuyo apoyo es indispensable —vital— para la propia existencia de la comunidad académica.

El encuentro interpersonal y la escucha son aspectos que deben informar toda la vida universitaria. Las actividades académicas exigen, ante todo, una actitud constante de escucha y de valoración de todos los implicados, sin confusión de papeles. De las diversas formas de encuentro y escucha, quisiera recordar tres que me parecen particularmente importantes: la interdisciplinariedad, que supone la apertura recíproca de las diversas formas de conocimiento unidas en la búsqueda de la verdad y la generación de sinergias con otras instituciones universitarias; la colegialidad en el gobierno a todos los niveles, en la que resulta inestimable la colaboración de todos, incluidos estudiantes y personal no docente; y el cuidado de la comunicación externa e interna, que tanto ayuda a este «caminar juntos».

Reunirse y escucharse es importante también porque desarrolla el necesario discernimiento en todas las decisiones, grandes o pequeñas, que se toman por el bien de la universidad. A la vez, cuando se toma una decisión es preciso aceptar las disposiciones legítimas dictadas por las autoridades, eclesiásticas y civiles, cada una dentro de su ámbito de competencia. En los dos últimos años, la experiencia de las medidas adoptadas para hacer frente a la pandemia provocada por el Covid ha sido un excelente ejemplo de leal cumplimiento de las normas dictadas por las autoridades civiles, unido al espíritu de iniciativa para afrontar y superar las dificultades; pero ha sido también una gran oportunidad para potenciar ciertos aspectos del trabajo universitario, como el uso de actividades *on line*, tanto científicas como de divulgación, que antes eran poco accesibles. En todos los niveles, de hecho, todas las decisiones, además de tomarse siempre de acuerdo con la identidad de una universidad eclesiástica como la nuestra, que tiene características específicas, deben tomarse siempre desde una perspectiva que potencie positivamente la enseñanza, la investigación y el servicio a la Iglesia y a la sociedad civil que la Universidad de la Santa Cruz está llamada a prestar.

Quisiera concluir estas brevísimas reflexiones subrayando cómo estos aspectos del espíritu sinodal sintonizan con el patrimonio espiritual de esta universidad, inseparablemente unido al carisma del Opus Dei. El mensaje y la vida de san Josemaría deben inspirar constantemente a esta comunidad académica, del mismo modo que inspiraron, en ejemplar fidelidad a ese carisma, la realización del proyecto del fundador del Opus Dei —que deseaba vivamente esta universidad—, gracias a la laboriosa fidelidad del beato Álvaro del Portillo, su sucesor y primer gran canciller. Entre los muchos aspectos de este patrimonio espiritual quisiera mencionar solo uno que es verdaderamente central: la conciencia de que debemos realizar nuestra labor universitaria teniendo como meta su santificación. Este «caminar juntos» que el papa Francisco ha recomendado reiteradamente es inseparable de la búsqueda de la santidad personal de cada uno, santidad que se realiza a través del cumplimiento de los propios deberes laborales. Se verifica así esa triple dimensión tantas veces subrayada por san Josemaría: santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo.

Con el auspicio de que sepamos encarnar el espíritu sinodal y permanecer siempre operativamente fieles al patrimonio espiritual que sostiene esta universidad, declaro abierto el curso académico 2022-2023.

[Volver al índice](#)

21. Clase sobre la santificación del trabajo (17-II-2023)

Colegio Romano de Santa María, Roma

Me viene al recuerdo cómo nuestro Padre hablaba del trabajo como «el quicio de nuestra santificación»¹, alrededor del cual gira todo. Y junto con el trabajo, la Eucaristía —centro y raíz de la vida cristiana— y la filiación divina son los elementos que resumen toda nuestra espiritualidad.

El trabajo es una realidad santificable y santificadora. Aparte del valor natural que tiene y que abarca a todos —porque, se quiera o no, la persona humana trabaja: incluso quienes pretenden no hacerlo, quienes quieren «descansar» mucho, terminan trabajando—, con la gracia de Dios, significa mucho más, especialmente para nosotros.

En *Es Cristo que pasa*, nuestro Padre afirma: «Al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»². Son unas palabras que conocemos muy bien, pues las habremos meditado y seguramente las habremos explicado en la labor apostólica. Y son, como todo lo que forma parte de nuestro diálogo con Dios, objeto de profundización, de entenderlas cada vez más y, sobre todo, de vivirlas mejor.

Santificarse y santificar el trabajo

De estas palabras de san Josemaría se pueden destacar varios aspectos. Uno evidente y principal es que no solo uno se puede santificar mientras trabaja, sino que el trabajo es en sí mismo santificable. Parece una distinción sin importancia, pero la tiene. No se trata de sobreañadir algo a la realidad humana del trabajo, por ejemplo, mientras hago esta tarea voy a decir

¹ San Josemaría, *Amigos de Dios*, 81.

² ID., *Es Cristo que pasa*, 47.

muchas jaculatorias. Es muy bueno decir jaculatorias, pero no se trata de eso. Santificar el trabajo es santificarme en el ejercicio de mi profesión, es decir, que la acción misma de trabajar me santifique.

El resultado del trabajo no es santo propiamente —la mesa, por muy bien que la haya fabricado, en sí misma no es santa—, pero sí puede serlo la acción mediante la cual la fabrico. De un modo análogo, podemos decir que el resultado del trabajo también es santificado, en el sentido de que le da un valor añadido. Pero lo fundamental es que la acción humana de trabajar es la que es santificable, por la gracia de Dios. Y, al ser santificable la acción, esto hace que la persona que la realiza se santifique. Y de ahí la unión entre santificar el trabajo como acción y santificarse uno en el trabajo.

Santificar a los demás

El tercer aspecto es santificar a los demás con el trabajo, en la medida en que —siendo una realidad santificada— puede influir, por la Comunión de los Santos, en todo el mundo y puede ser ofrecido por intenciones apostólicas y, por lo tanto, ser instrumento para santificar a otras personas.

Por tanto, santificar el trabajo es santificar la acción de trabajar, que es una acción de la persona; y, si se santifica la acción, se santifica también la persona. Y con eso, se hace posible, por la Comunión de los Santos, santificar a otros. Simplemente ofreciendo el trabajo, se influye ya en la santificación de los demás.

Y de estos tres aspectos, ¿cuál es la raíz? Evidentemente, santificar la acción de trabajar. Porque, cuando santifico la acción, me santifico a mí mismo. Esta es la raíz de los otros dos aspectos: en la medida en que santifico la acción de trabajar, me santifico en el trabajo y puedo santificar a otros.

Pon un motivo sobrenatural...

Se ve entonces que lo fundamental es santificar la acción misma de trabajar. Pero, ¿cómo se santifica una acción? Por el amor, cuando se ejerce en unión con el Señor mediante la caridad. Y esto se consigue en el trabajo —aunque sirve para toda acción—, haciendo aquello que nos decía nuestro Padre en

Camino: «Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo»³.

Entendido de modo superficial, podría parecer algo extrínseco: pongo una intención y listo; como si fueran dos cosas distintas: la tarea y la intención. Por ejemplo: «Voy a poner como intención la conversión de China y da igual cómo trabaje, ya lo he santificado». No se trata de eso. La intención no es algo sobreañadido, debe ser algo intrínseco. Y, ¿cuál es la intención o motivo sobrenatural que basta para que el trabajo sea santificado? Pues hacerlo por amor a Dios e, inseparablemente, por amor a los demás.

Hay una frase de la Escolástica —seguramente es de santo Tomás de Aquino, y aunque no sea literal, el concepto sí lo es— que dice: *finis est causa causalitatis in omnibus causis*⁴. Es una frase de una gran profundidad, aunque pueda sonar a trabalenguas. Afirma que «la finalidad es la causa de la causalidad de las demás causas». Es decir que, de la causa final que yo pongo, dependen la causa material y la formal.

Cuando el motivo sobrenatural es asumido de verdad como causa final —es decir, lo que busco como último término en ese trabajo es amar a Dios, y amar y servir a los demás—, necesariamente trabajo bien y me santifico y santifico esa tarea. El resultado es el mejor posible, dentro de mis limitaciones. Si uno se propone como finalidad amar a Dios y servir a los demás, necesariamente intenta trabajar lo mejor posible. Y, en consecuencia, el resultado —el objeto material y formal— también es el mejor. Por eso, como afirma nuestro Padre, todo depende del motivo, que es amar a Dios y servir a los demás.

Yo, ¿por qué y para qué trabajo?

Esto es muy importante, pues responde a una cuestión neurálgica: «yo, ¿por qué y para qué trabajo?». Santificar el trabajo es central en el espíritu de la Obra, es el quicio. Por eso he de preguntarme de vez en cuando por qué estoy trabajando: si es para quitármelo cuanto antes de encima y así poder irme a descansar, para quedar bien, para complacerme... Se pueden mezclar, por

³ ID., *Camino*, 359.

⁴ Cfr. Tomás de Aquino, *De principiis naturæ*, cap. 4.

nuestra debilidad, infinidad de motivos. Pero hay que volver al fundamental, que es hacer las cosas para unirnos con Dios, para servir a Dios y amar a los demás.

Es muy importante la rectitud de intención, pues es la que nos guía para todo, la que quita o agrega valor a lo que hacemos. Se trata de la motivación para que el trabajo sea santificado, incluso cuando salga materialmente mal. Uno puede poner un motivo sobrenatural, profundo, de amar a Dios y de servicio, y luego el trabajo puede no salir bien, porque uno es torpe o por lo que sea. Aunque también se puede engañar y decir: «lo hago todo por amor a Dios» y luego... ¡ancha es Castilla! Y no me esfuerzo. Si he puesto de verdad ese motivo sobrenatural, lo habitual será dedicar esfuerzo. Y si no, podemos rectificar, reconocerlo sin desanimarnos y volver a luchar. Gracias a Dios, nos podemos santificar con tareas que salen mal, porque el motivo sobrenatural basta. ¡Ahí está todo!

Nuestro Padre, en una de sus cartas, dice: «Parte esencial de esa obra —la santificación del trabajo ordinario— que Dios nos ha encomendado es la buena realización del trabajo mismo, la perfección también humana, el buen cumplimiento de todas las obligaciones profesionales y sociales»⁵. Se fija en el resultado, porque es inseparable de lo anterior. Si la santificación de la profesión depende del motivo sobrenatural, cuando un trabajo es tomado con seriedad como fin, lleva necesariamente a hacerlo bien; por eso afirma que la perfección humana es parte esencial.

Toda labor honesta

Una consecuencia consoladora es que toda labor honesta es importante, porque puede ser realizada por un motivo sobrenatural, que es el amor a Dios y el servicio a los demás. Todo trabajo —grande o pequeño, importante o menos importante humanamente— puede ser materia y cauce de identificación con Cristo. Nuestro Padre decía: «Yo no sé qué es más importante, el trabajo de un obrero manual o el del presidente de la República. Depende del amor de Dios con el que lo hagan»⁶. Son distintos

⁵ San Josemaría, *Carta 31-V-1954*, n. 18.

⁶ Apuntes de la predicación de San Josemaría, 6-II-1967; en *Obras IV-1967*, pp. 20-21 (AGP, Biblioteca, P03).

en cuanto a las consecuencias que tienen o el influjo que puedan producir pero, por lo que va a permanecer para la vida eterna y el significado que tiene para la persona que lo realiza, puede valer mucho más el de un obrero que el del presidente de la República.

Nuestro Fundador solía repetir que el motivo sobrenatural por el que se realiza la santificación del trabajo es el amor: «Conviene no olvidar, por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara»⁷. De estas palabras, en las que san Josemaría termina hablando del cielo, debemos no olvidar que la dignidad del trabajo está fundada en el amor, y se santifica cuando está imperado e informado por el amor a Dios y a los demás hombres.

En este contexto, es bonito e ilusionante considerar también que no trabajamos solos, pues el Señor está con nosotros. El amor es unitivo, el amor nos une a un Dios que —por la gracia— ya está metido en nuestra vida. Por eso, no es solo que ofrecemos a Dios nuestro trabajo, sino que Dios trabaja con nosotros, somos instrumentos de Dios mientras trabajamos. En la medida y en la proporción en que lo santificamos, es trabajo de Dios. Por eso, a nuestro Padre le gustaba hablar del Opus Dei como *operatio Dei*. Todo lo que hacemos es trabajo de Dios, porque también Él lo hace con nosotros, somos instrumentos en sus manos.

Eso nos tiene que dar una gran seguridad al experimentar que nos salen mal las cosas, que se nos olvida ofrecer la tarea, porque conocemos esta doctrina que es preciosa. No acabamos de vivirla plenamente, pero no importa, tenemos que luchar y no desanimarnos. *Nunc coepi!*, ahora comienzo, y nunca solo. Mi trabajo es trabajo de Dios.

⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 48.

Servicio y equipo

Otro aspecto relevante de esta doctrina se ilumina cuando consideramos que el conjunto del trabajo humano es servicio. Conviene recordar la dependencia de nuestro trabajo con el de otras personas, porque muchas veces —por no decir siempre—, de modo muy explícito o menos obvio, nuestro trabajo depende del de otras personas y viceversa. Están concatenados.

Por eso es importante facilitar el trabajo de los demás cuando depende del nuestro. Muchas veces es así. Cuando se realiza en equipo es evidente, pero también en la vida ordinaria, en los encargos que tenemos —por ejemplo, de hacerlos con puntualidad depende que otras personas puedan hacer el suyo a tiempo—. Y así hay una serie de concatenaciones entre unas y otras personas que no podemos ignorar, pensando: «yo voy a lo mío y que se hunda al mundo».

Parte de hacer bien el trabajo es pensar cómo influye en el de los demás y, por tanto, facilitar, o por lo menos no entorpecer, la tarea de los otros, quizá con retrasos o por realizarlo mal. Para santificar el trabajo tenemos que pensar en cómo facilitamos el de quienes nos rodean.

Otra dimensión es la santificación de las relaciones interpersonales, que son parte de la profesión. Es importante facilitar el trabajo, pero también hacerlo agradable, cuidar el espíritu de servicio, suplir a otras personas que no llegan sin hacerlo pesar. Nuestro Padre nos ha insistido en eso: cuando vemos que una persona no logra terminar su tarea, la ayudamos sin que se dé cuenta, en la medida de lo posible. La fraternidad en el trabajo es parte de la santificación, porque toda la vida humana está conectada.

Por la unidad de vida, el trabajo es quicio y es esencial en la vida nuestra. Me gustaría traer a colación un texto de la *Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra*, en el que nuestro Padre habla del trabajo dentro de la unidad de vida: «Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación —cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria para contribuir a reconciliar el mundo con Dios—, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es

este un ideal noble y grande por el que vale la pena dar la vida?»⁸. De aquí surge el concepto de unidad de vida, que es unir el trabajo con la lucha ascética y con la contemplación, necesario para contribuir a reconciliar el mundo con Dios, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado.

[Volver al índice](#)

⁸ San Josemaría, *Instrucción*, 19-III-1934, n. 33.

22. Discurso en el acto de apertura del año académico de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (3-X-2023)

Eminencias, Excelencias, Profesores, Colaboradores, Estudiantes, Señoras y Señores,

Al inicio de un nuevo año académico, es lógico mirar los meses que tenemos por delante con entusiasmo y esperanza. El entusiasmo es la actitud propia de aquellos que se disponen a emprender un nuevo camino o una nueva etapa. La meta, por supuesto, no es solo la conclusión del año o la superación de los exámenes, sino el crecimiento integral de toda la comunidad académica, en términos de conocimiento, investigación científica, interacción con otras realidades académicas, eclesiológicas y civiles.

Al mismo tiempo, aquellos que emprenden un nuevo camino saben que habrá dificultades a lo largo del camino. Por eso es necesario alimentar la esperanza, que es la espera llena de confianza en el cumplimiento de los planes de Dios.

Estas dos actitudes, entusiasmo y esperanza, son válidas para los desafíos que esperan a nuestra comunidad académica durante el próximo año, y también son válidas para cada uno de nosotros como miembros del Pueblo de Dios.

Las próximas semanas estarán marcadas por la Asamblea Sinodal, y es importante orar en unión con el Santo Padre y vivir estas semanas con la esperanza propia de los hijos de Dios. Como le gusta recordar al Papa Francisco: “El Espíritu Santo [en Pentecostés] crea una gran diversidad, que parece un gran desorden. Pero el mismo Espíritu que da la diversidad de carismas es el mismo que crea la unidad”.

El entusiasmo y la esperanza son componentes de la audacia que cada nueva etapa de un camino requiere. Audacia para identificar proyectos capaces de ampliar el horizonte de la universidad, como aquellos interdisciplinarios que fueron seleccionados en los meses anteriores; audacia para tomar decisiones

que tendrán repercusiones importantes en el futuro y para las cuales es necesario pensar en el bien de aquellos que vendrán después de nosotros.

Lograremos vivir todos estos elementos si nos comprometemos a hacer bien nuestro trabajo, cada uno en su rol. Estudiantes, profesores y personal técnico-administrativo, todos estamos llamados a orar con nuestro trabajo.

Este llamado está en el corazón del mensaje que Dios ha confiado a san Josemaría, fundador del Opus Dei e inspirador de esta universidad. En su obra *Camino*, dejó escrito: “Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo”. Esto es también un estímulo para ver el alcance del bien que el trabajo, si se ofrece a Dios, puede tener, no solo para los directamente involucrados, sino para toda la humanidad.

Con la esperanza de que este espíritu nos ayude a mirar al futuro con confianza, declaro abierto el año académico 2023/2024.

[Volver al índice](#)

23. Clase sobre el modo de formar en la dirección espiritual (8-X-2023)

Durante su estancia en Lisboa, el Prelado del Opus Dei dio una clase sobre el modo de formar en la dirección espiritual. En ella habló de la prioridad de la acción del Señor y de cuidar en primer lugar la propia vida interior.

En esta clase se trata de recordar algunas ideas que ya procuramos vivir pero que, como en todo, siempre podemos mejorar. Tampoco basta recordar cosas que ya conocemos, sino que podemos sacar algunos propósitos concretos para mejorar la tarea de ayudar a nuestros hermanos a través de la dirección espiritual.

La primera idea que nos puede venir a la cabeza es que la formación tiende a formar a Cristo en las almas. No se trata principalmente de adquirir ideas. Naturalmente, es necesario conocer el espíritu de la Obra y la figura de nuestro Padre, pues somos una familia y la formación abarca muchos campos. Sin embargo, todo esto va dirigido a identificarnos con Jesucristo.

Esa es una clave fundamental que no podemos olvidar. No se trata de una idea bonita pero general, teórica, sino que es más concreta de lo que quizá podría parecer. Cuando tratamos de ayudar a crecer en las virtudes, lo que buscamos es precisamente identificarnos con quien es perfecto Dios y perfecto hombre, Jesucristo. También nosotros podemos unir lo humano con lo divino en nuestro día a día, viviendo con sentido sobrenatural las realidades cotidianas: la familia, el trabajo, el descanso, las relaciones de amistad, etcétera.

Podemos recordar lo que decía nuestro Padre a propósito de la tarea de dirección espiritual: «El modelo es Jesucristo; el modelador, el Espíritu Santo, por medio de la gracia». Esto tiene muchas consecuencias prácticas. Que el modelador sea el Espíritu Santo nos lleva de modo muy inmediato a que, ante cualquier medio de formación –recibir una confidencia, dar un

círculo, etcétera—, lo principal sea pedir luz, pues el que forma es el Paráclito. Lógicamente, tenemos que preparar bien lo que vamos a decir —pensar, hacer un esquema, ver fuentes...—, pero en ese proceso —tanto antes como durante y después— podemos pedir ayuda al Señor para que sea él quien actúe, quien modele. Y hay muchos modos de hacerlo. Podemos rezar, por ejemplo, antes de tener una conversación con alguien: «Espíritu Santo, habla tú a través de mí, porque toda la eficacia no viene de mí sino de tu gracia».

Nosotros no somos el modelo, sino Jesucristo. Ciertamente, tenemos que aprovechar la experiencia que hemos adquirido en la vida y en nuestros años en la Obra, pero será solo eso, experiencia, porque no somos nosotros el referente. Por tanto, no transmitiremos ideas personales. Esto no quiere decir que no tengamos que hacer propio lo que decimos, pero lo que tenemos que transmitir es el Evangelio y el espíritu que Dios ha querido para la Obra. Lógicamente, luego cada uno lo hace de un modo personal, pero con el cuidado de no exponer ideas que sean puro personalismo nuestro. Ahí entra el juego de saber discernir entre lo que es aprovechar la propia experiencia, que es muy bueno para ayudar a los demás, y lo que es transmitir ideas que pueden ser absolutamente opinables.

El no ser modelos ni modeladores no nos quita responsabilidad ni deseo de ayudar, pues somos instrumentos vivos del Señor. Y así tenemos que ver toda la formación: no estamos transmitiendo algo nuestro, sino que estamos siendo instrumentos de Dios.

Nadie da lo que no tiene

Es normal que, cuando demos un consejo, caigamos en la cuenta de que, en primer lugar, nos lo tendríamos que aplicar a nosotros, pues también necesitamos mejorar. En este sentido, viene bien tener presente aquella escena del Evangelio en la que el Señor le pregunta a Pedro tres veces: «¿Me amas?». A cada respuesta afirmativa del apóstol Jesús replica: «Apacienta mis corderos», que es como si dijera: «Para poder apacentar, orientar y ayudar a los demás necesitas, antes que nada, amarme con todo tu corazón».

Recuerdo que, en una tertulia, alguien preguntó a nuestro Padre: «Para los que somos directores o damos medios de formación, ¿qué es lo primero?». Y nuestro fundador dijo: «Lo más importante para el director

es el director». Cuando damos un consejo o hablamos sobre un tema, también nosotros tenemos que luchar en ese mismo punto. Nadie puede dar lo que no tiene, aunque es cierto que, al final, acabamos dando más de lo que tenemos, pues es el Espíritu Santo quien modela. Por eso, lo primordial es nuestra propia relación con Dios.

Nuestra vida interior es presupuesto, porque así lo quiere el Señor, para ayudar a los demás, aunque tantas veces –y será muy normal– tengamos que orientar a personas que son mucho mejores que nosotros, también mayores en edad o con más tiempo en Casa. Como no formamos por nuestras ideas, sino por el espíritu de la Obra, podemos ayudar, formar y hacer crecer a esas personas. Podemos ayudar precisamente porque no estamos dando de lo nuestro, sino de lo que es de Dios, de lo que es el espíritu de la Obra. Ni modelos ni modeladores, pero con la responsabilidad estupenda de ser instrumentos del Modelador e instrumentos del Modelo.

En la dirección espiritual orientamos con consejos. Por tanto, no podemos dar órdenes ni mandatos. En pocas ocasiones podrán ser consejos imperativos, pero no por nuestra autoridad, sino por la del Señor. Por poner un ejemplo absurdo por lo evidente que es, podemos decir a una persona que no es lícito matar. Esto es un consejo imperativo, pero no porque lo dice uno mismo, sino por la ley de Dios. En cualquier caso, esto no es lo frecuente. En todo lo que no sea eso, no se dan consejos imperativos del tipo «hay que hacer esto». Se intenta explicar la ventaja y la necesidad de ese consejo, también quizá de sus concreciones prácticas, pero dejando siempre libertad.

A la hora de aconsejar y de ayudar a plantear la lucha interior –ya sea en medios de formación personales como en los colectivos–, es importante no caer en la casuística. De este modo, se evita formar personas voluntaristas y se fomenta que se hagan las cosas por amor a Jesucristo. Esto no es solo una cuestión sentimental, pues a veces –de hecho, puede darse con frecuencia– el amor a Cristo no se traducirá en un afecto sensible, sino más bien en una decisión seria de la voluntad y de la libertad, en un convencimiento profundo. Así fomentamos esa libertad de espíritu como capacidad de amar al Señor y a los demás. Para eso, podemos conectar la vida interior de las personas –la nuestra en primer lugar, y la de los otros, en la medida que nos corresponde ayudar– con una dimensión apostólica

de preocupación por las almas. Es decir, hacer ver la dimensión apostólica que tiene, por la comunión de los santos, cualquiera de nuestras luchas, hasta las más pequeñas.

En esta misma línea, en la formación podemos hacer ver que no estamos solos y consolar a las personas, pues en la vida no faltan las dificultades. De este modo, sembramos paz y alegría en los demás. Nuestro Padre decía que, después de una confidencia, el que la ha hecho tendría que salir siempre más contento y con más ganas de luchar. Y eso depende mucho de quien recibe la charla, del modo en que sabe consolar, animar y exigir. Exigir no como si fuera un mandato, sino poniendo delante la belleza por la que vale la pena luchar.

Hacer que el alma quiera

San Josemaría repetía que «la función del director espiritual es ayudar a que el alma quiera». Es decir, hay que buscar con la oración, y también con el modo de decir las cosas, que la persona no se sienta simplemente obligada, sino que realmente haga suyo lo que el Señor quiere de él. Lógicamente, hay cosas obligatorias en la vida, pero también las podemos hacer con libertad. ¿Cómo? Amando. Uno puede amar el propio deber. Estamos así amando nuestra vocación, amando el espíritu de la Obra. Y esto nos hace libres, pues obramos no por mera rutina o porque nos lo han dicho, sino por amor a Dios. Porque la libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana –en el sentido de no tener ataduras o saltarnos nuestras obligaciones–, sino en obrar porque nos da la gana, por libertad, porque realmente queremos hacerlo.

Es importante fomentar esta libertad, que las personas hagan las cosas porque quieren, aunque les cueste o haya temporadas en las que se vaya a contrapelo. Decía nuestro Padre que «no es lícito pensar que solo es posible hacer con alegría el trabajo que nos gusta». Poner amor no significa que sintamos entusiasmo en todo lo que hacemos. Esta es una realidad sobrenatural, pero también muy humana. Los padres se sacrifican por sus hijos y lo hacen con alegría, también cuando las cosas les cuestan o requieren un gran esfuerzo. Eso, que es ya muy humano, se eleva al orden sobrenatural con la gracia de Dios.

También es lógico que ayudemos a que las personas, en lo que depende de ellas, reciban bien la dirección espiritual. Y para esto, es necesario facilitar

la sinceridad, teniendo en cuenta que nadie está obligado a ser sincero en la dirección espiritual. Uno está obligado a ser sincero en la confesión en materia grave, pero en la dirección espiritual uno no está obligado moralmente a decir las cosas. Hay que fomentar mucho la libertad, y, al mismo tiempo, la sinceridad, porque de lo contrario la dirección espiritual pierde grandísima parte de su eficacia y de su valor.

¿Cómo se facilita la sinceridad? En primer lugar, en los medios de formación colectivos se puede explicar el valor y la conveniencia de esta virtud. En la confidencia, también se puede facilitar a través de preguntas hechas con delicadeza, no como si fuera un interrogatorio, sino haciendo ver que lo que se desea es ayudar a que la persona pueda abrirse con facilidad. Pero siempre, insisto, sin que parezca que se le está exigiendo que cuente cosas, sino ayudando a que se abra. Y eso se consigue sobre todo con cariño y con oración. Muchas veces puede ser que a uno no le cueste hablar de cualquier cosa, pero en ocasiones sí, ya sea porque es un tema delicado o por falta de examen. Una pregunta acertada y delicada puede ayudar a que la otra persona se conozca mejor. Si uno no habla jamás de un tema importante, se le puede preguntar: «¿Cómo va este asunto?», pero siempre con la actitud de un hermano que quiere ayudar, no juzgar.

La dirección espiritual es un instrumento de gran eficacia. Todos tenemos la experiencia de necesitar alguien con quien desahogarnos y que nos diga las cosas. Puede ocurrir que, con el paso de los años, sepamos ya cómo resolver un determinado problema. Sin embargo, necesitamos que otra persona nos arroje un poco de luz para afrontarlo. A veces el mero hecho de abrirnos y contar esa situación nos llena de paz. Es este un ejercicio de humildad y también de fe, porque no confiamos en nosotros mismos, sino en la ayuda que nos da Dios a través de esa persona.

[Volver al índice](#)

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

24. Agencia Zenit. En memoria de la figura del difunto Papa emérito, Benedicto XVI (31-XII-2022)

Con el fallecimiento de Benedicto XVI nos deja un sacerdote, un teólogo, un obispo, un cardenal y un Papa que se veía a sí mismo como “un humilde trabajador de la viña del Señor”. Junto al dolor, es natural que demos gracias a Dios por su vida y sus enseñanzas. La última lección del pontífice alemán ha sido la discreción y sobriedad con que ha vivido desde 2013, en actitud de oración.

Desde que le conocí personalmente en 1986, cuando comencé a colaborar como consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, me llamó la atención su disponibilidad para escuchar a todos. Tuve la oportunidad de estar a solas con él en bastantes ocasiones, tanto por asuntos de la Congregación como por otras cuestiones. En esos encuentros nunca era él quien daba por terminada la conversación, o hacía notar que le esperaban otros asuntos. Edificaba percibir la gran consideración que le merecían las opiniones de los demás, aunque en ocasiones fueran distintas a las suyas. Se le podían exponer con toda tranquilidad pareceres contrarios y no se molestaba, a pesar de que vinieran de un interlocutor de menor edad, preparación o experiencia. Lo que realmente le importaba era la verdad; así llevaba grabada en su lema episcopal unas palabras de san Juan: *Cooperatores veritatis* (3 Juan, v. 8).

Era ejemplar su amor a la Iglesia y al Papa, que iba más allá de lo afectivo. Recuerdo, por ejemplo, cuando Mons. Lefebvre aceptó lo que se le propuso y poco después se echó para atrás. Ante este hecho, al cardenal Ratzinger le salió del alma exclamar con pena: “¡Cómo no se dan cuenta de que sin el Papa no son nada!”.

Su humildad y su amor al Señor le hicieron capaz de responder con un “sí” a lo que el Señor y la Iglesia le pedían. Es conocido que, en varias ocasiones, presentó su renuncia a san Juan Pablo II, para que lo sustituyera por otra persona más joven y con más vitalidad física. Ante la petición del Papa de que siguiera en el cargo, el cardenal Ratzinger no dudó.

Al poco de ser elegido para la sede de Pedro, contó que cuando falleció san Juan Pablo II pensó que ya podría retirarse a su Alemania natal para dedicarse a la oración y al estudio. Pero el Señor tenía otros planes, y tuvo que escuchar, referidas a sí mismo, las palabras del capítulo 21 del evangelio de san Juan: “Te aseguro que cuando eras joven tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras”.

De la misma manera, supo hacerse a un lado cuando, en la presencia de Dios, vio que ya no podría ejercer de manera adecuada las exigentes responsabilidades que conlleva la misión de sucesor de Pedro. Como todos, recibí la noticia de su renuncia con una mezcla de pena y de cariño hacia este gran sucesor de san Pedro. En los últimos meses se veía cómo iban disminuyendo sus fuerzas físicas, pero no así su lucidez mental y su serenidad de espíritu, su sencillez y su amabilidad.

Ese saber desaparecer, sirviendo a la Iglesia con su oración silenciosa, ha sido la nota característica de estos últimos años después de su renuncia. He tenido la oportunidad de visitarle en algunas ocasiones en su residencia en los jardines vaticanos: se le notaba interesado por los demás y centrado en la oración. Como él mismo dijo, se sentía un peregrino en camino a la casa del Padre, hacia el abrazo de Cristo, objeto de su amor y de sus largos años de estudio.

En sus casi ocho años de pontificado, Benedicto XVI nos ha dejado un gran patrimonio espiritual y doctrinal, formado por las encíclicas, *Deus caritas est*, *Spe salvi*, *Caritas in veritate*; además de abundantes exhortaciones apostólicas y homilías. Es enormemente rico el magisterio realizado a través de las audiencias de los miércoles, como el referido a la Iglesia, a los Apóstoles y a los Padres de la Iglesia, o el ciclo de audiencias sobre la oración, que constituye un tratado de gran belleza y profundidad sobre el diálogo con Dios.

Toda su vida podría recapitularse en una preciosa frase que pronunció en la misa de inicio de su ministerio petrino: “No hay nada más bello que dejarse alcanzar por el Evangelio, por Cristo”. Para él, la felicidad “tiene un nombre, tiene un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía”.

Benedicto XVI condujo la barca de la Iglesia por el mar de la historia con los ojos puestos en Jesucristo, en los “días de sol y de brisa suave, días en

los que la pesca ha sido abundante y momentos en los que las aguas se agitaban, el viento era contrario, y el Señor parecía dormir”. Pero sabía que la barca era de Cristo.

Benedicto XVI ha sido “una de esas luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo orientación para nuestras vidas”, como tan bellamente expresaba en la encíclica *Spe Salvi*.

Su trabajo en la viña de la Iglesia le habrá hecho merecedor de las amorosas palabras de Cristo: “Ven, siervo bueno y fiel, entra en la casa de tu Señor”.

[Volver al índice](#)

25. La Razón. Con motivo del fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI (5-I-2023)

¿Cree que la Historia acabará haciendo justicia con Benedicto XVI por encima de los tópicos que le han perseguido hasta ahora?

Las manifestaciones de afecto que se produjeron en el año 2013, al final de su pontificado, y ahora, después de su fallecimiento, son expresión de la huella profunda que deja en millones de personas. Además, en sus casi ocho años de pontificado, Benedicto XVI nos ha dejado una amplísima predicación, que constituye un gran patrimonio espiritual y una enseñanza pastoral de gran belleza y profundidad, que ha ayudado y ayudará a orar, a pensar la fe, a vivir la caridad y a gestionar mejor las relaciones humanas, personales y sociales. Pienso que el conjunto de sus escritos y su magisterio serán en el futuro fuente de inspiración para muchos creyentes e incluso no creyentes.

Para usted, Benedicto XVI no solo ha sido un Papa, sino también alguien con quien mantuvo un trato cercano. ¿Qué recuerda de esa etapa de trabajo en común?

Desde que comencé a colaborar como consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en 1986, me llamó la atención su amabilidad y su capacidad para escuchar a todos. Aunque él no presidía la reunión de los consultores, tuve ocasión de estar a solas con él bastantes veces; nunca era él quien daba por terminada la conversación; nunca hacía notar que le esperaban otros asuntos. Daba gran consideración a las opiniones de los demás, especialmente si eran distintas a las suyas. Era muy fácil exponer ante él pareceres contrarios y no se molestaba, a pesar de que vinieran de un interlocutor de menor edad, preparación o experiencia. Lo que realmente buscaba y le interesaba era la verdad, no su criterio personal.

¿Cuál considera que es la mejor lección magistral que deja el Papa emérito aplicado al carisma del Opus Dei?

Me viene muchas veces a la cabeza aquella afirmación en la Misa de inicio de su pontificado: «No hay nada más bello que dejarse alcanzar por el Evangelio, por Cristo». Es como un resumen de lo que debería ser la vida de un cristiano, de un católico y, por tanto, de cualquier persona del Opus Dei. Como gustaba recordar a Benedicto XVI, la felicidad tiene un nombre y un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía. Para todos los católicos del mundo, pienso que otra lección importante es la de su amor a la Iglesia y al Papa, que se ha hecho evidente en estos últimos años con respecto a su sucesor, el Papa Francisco. He contado otras veces que, cuando Monseñor Marcel Lefebvre aceptó lo que se le propuso y poco después se echó para atrás, pude presenciar la expresión que le salió del alma con pena al cardenal Ratzinger: «¡Cómo no se dan cuenta de que sin el Papa no son nada!».

Los grandes titulares están destacando el legado teológico de Joseph Ratzinger. ¿Y como pastor? ¿Qué destacaría de él?

Resaltaría su humildad y su amor al Señor, que le han hecho capaz de responder con un «sí» a lo que Dios y la Iglesia le pedían en cada momento, con sencillez, pero al mismo tiempo con determinación y fidelidad; por ejemplo, cuando se mantuvo al frente de la Congregación para la Doctrina de la fe, a petición de San Juan Pablo II o cuando, tras el fallecimiento del Pontífice, pensó que ya podría retirarse a su Alemania natal para poder dedicarse a la oración y al estudio. Pero el Señor tenía otros planes...

A menudo se contraponen la figura de Benedicto XVI a la de Francisco, hablando incluso de ruptura. ¿Comparte esta visión?

Cada Papa, cada pontificado, trae su propio estilo. Esa diversidad es una riqueza en un sentido amplio mediante una plena y evidente continuidad en todo lo que es esencial en la Iglesia católica en esencia. Benedicto XVI ha sabido hacerse a un lado cuando así lo ha visto en conciencia, sirviendo a la Iglesia y al Papa con su oración silenciosa. Y hace pocos días, el mismo Papa Francisco recordaba en una entrevista que lo visitaba con frecuencia y que salía edificado de su mirada transparente, de su contemplación y buen humor, y que le admiraba su inteligencia y su alta vida espiritual.

[Volver al índice](#)

26. Mundo Cristiano. “Un motivo de acción de gracias” (IV-2023)

Es un motivo de acción de gracias poder celebrar el sesenta aniversario del nacimiento de *Mundo Cristiano*. La revista ha estado ininterrumpidamente presente en estos seis decenios en los hogares de numerosas familias. Ha informado sobre muchos acontecimientos de la actualidad, así como de las novedades en las lecturas, el cine, los espectáculos, el teatro, la música... Y no solo ha informado, sino que ha sabido orientar y ofrecer propuestas culturales en esos ámbitos con una perspectiva coherente con la fe católica. En definitiva, ha informado, formado y entretenido en estos años de forma periodística y con sentido cristiano.

Es conocido que quien inspiró *Mundo Cristiano* como publicación con unos principios evangelizadores y apostólicos fue san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. El iniciador de la revista, Javier Ayesta, y el primer director, D. Jesús Urteaga, acogieron —a comienzos de los años sesenta— su sugerencia de hacer una publicación de información general con inspiración cristiana. Es bonito observar cómo *Mundo Cristiano* continúa con el mismo proyecto con que se inició. Pero más notable es considerar el bien que este trabajo ha realizado durante estos años.

Pienso en tantas familias, colegios y asociaciones de distinto tipo, donde mayores y jóvenes han crecido y madurado con un ejemplar de la revista encima de la mesa, o en la estantería, que les ha ayudado a tener, sobre los temas importantes de actualidad, un punto de vista centrado en la verdad y en la defensa de la libertad.

Constatando el bien que está realizando la revista, es justo destacar, en primer lugar, el esfuerzo de la editorial Palabra, que desde que compró la cabecera a la extinta editorial SARPE —al final de la década de los setenta— ha impulsado la edición de la revista.

En segundo lugar, el trabajo profesional de los periodistas y otros profesionales, que han empeñado sus energías y su pasión en hacer una revista que estuviera a la altura de la finalidad de servicio propuesta. En tercer lugar, por muchos motivos, la fidelidad de los suscriptores, que han permitido que esta iniciativa fuera realidad.

Es obligado dar las gracias a todos ellos y en primer lugar a Dios, que —en su Providencia— ha permitido desarrollar este importante servicio durante tantas décadas. Le pido ahora que *Mundo Cristiano* siga navegando en este apasionante mar de los medios de comunicación, con deseos de seguir orientando, formando y entreteniendo a miles de familias; una noble tarea siempre necesaria.

[Volver al índice](#)

27. El País Semanal (26-VIII-2023)

Se reproduce a continuación la entrevista concedida a Daniel Verdú el 27 de junio de 2023. Numerosos extractos del texto y la conversación fueron publicados en la edición de *El País Semanal* del 26 de agosto de 2023.

¿Qué es hoy el Opus Dei y cómo se está adaptando a los cambios que la sociedad ha ido incorporando a la vida de la gente?

Hoy, como desde que comenzó a existir en 1928, el Opus Dei es una pequeña parte de la Iglesia, formada por hombres y mujeres que procuran seguir a Jesucristo en su trabajo, su familia, su vida ordinaria. Cuando esa fe es auténtica, se convierte en un testimonio cristiano, una catequesis que se suma a la que realizan las parroquias y tantas otras instituciones y personas de la Iglesia.

Sobre el tema del cambio, le diría que las personas del Opus Dei viven en medio de la sociedad y, por tanto, son también agentes de ese cambio permanente. Comparten las alegrías y las penas de los demás y, como los demás, sufren las contradicciones del mundo de hoy, en el que hay avances y retrocesos.

En el trabajo diario, con frecuencia encuentro noticias de todos los continentes, tanto positivas como sobre sufrimientos producidos por la enfermedad, las injusticias, los conflictos familiares, laborales, económicos... Lo experimento también en los viajes fuera de Roma.

Los primeros cristianos son un ejemplo sobre cómo adaptarse a las circunstancias de tiempo y lugar: con libertad y fidelidad creativa.

Ciertamente, muchas cosas han cambiado en el Opus Dei en sus casi cien años de historia, manteniendo lo esencial, es decir el espíritu. El Opus Dei,

pongamos por caso, de 1940, estaba centrado en España y con un número muy reducido de miembros; ahora, en 2023, se encuentra establecido en 68 países, con un carisma encarnado en lugares y culturas diversas.

Usted cómo cree que es percibido hoy el Opus Dei, especialmente en la sociedad española, donde hay un imaginario más consolidado.

Yo creo que hay diversidad. La mayoría de la gente que conoce la Obra nos tiene aprecio. Especialmente cuando conoce las labores que se hacen: sociales, de educación, de servicio... Cuando conocen a personas individualmente, porque las realidades son las personas. Incluso cuando piensan de otro modo. Pero luego hay otros ambientes en los que puede haber más crítica, ya sea por un prejuicio: no en el mal sentido, sino por una concepción que se tiene de la historia de la Iglesia y de su papel en el mundo que puede desembocar en una valoración no positiva. Es comprensible que haya aspectos que no encajen en el modo de pensar de algunas personas. Pero es el pluralismo. Lo importante es respetarnos: siempre podemos colaborar.

¿El Opus Dei ha intentado en los últimos años cambiar esa tónica, con la transparencia?

La transparencia es clave. Porque no hay nada que ocultar. Y también porque esa es la tendencia de la cultura actual: todo lo que no es transparente parece que sea misterioso.

¿Cómo les gustaría ser percibidos?

Me gustaría que fuésemos percibidos como sembradores de paz y alegría: como personas con las que es fácil cultivar la amistad y que, con su fe, desean mejorar la sociedad; como cristianos orientados al servicio; como hombres y mujeres acogedores, que ofrecen esperanza, de mentalidad abierta.

Naturalmente, errores e incoherencias personales forman parte de la vida. También por estolas críticas ayudan a mejorar, cuando tienen fundamento y vienen desde el conocimiento de la realidad.

Me gustaría que se percibiera mejor la variedad de las personas del Opus Dei desde el punto de vista social y cultural. A veces se pone el foco en una persona de relevancia pública, y no en otras cien que tienen dificultades para llegar a fin de mes. En algunos casos se ha hecho del Opus Dei una lectura estereotipada, basada en clichés, que no ayudan a comprender una realidad más amplia y plural.

También desearía que se comprendiera aún más que las personas del Opus Dei son libres y responsables. Sus méritos o errores en su actuación profesional, o en la vida civil, por ejemplo, se deben atribuir a él o a ella, como sucede con cualquier otro católico. Las opiniones o decisiones de un político de izquierdas o derechas son suyas y solo suyas, no atribuibles a la Iglesia o a una institución; son realidades que se mueven en planos diversos. Históricamente, este mecanismo de atribuir la actuación personal a la pertenencia a un camino espiritual ha favorecido equívocos que se prolongan hasta hoy.

¿Cómo interpretaron el cambio de vínculo con la Santa Sede que el Papa a través del motu proprio *Ad charisma tuendum*? El Papa asegura que busca que la autoridad de la organización esté más “basada más en el carisma que en la autoridad jerárquica”.

Carisma y jerarquía se complementan en la Iglesia, no son dos términos alternativos sino complementarios. Los carismas tienen su razón de ser en el servicio que prestan al conjunto de la Iglesia. De ahí que, para difundirlos en la Iglesia y en el mundo, se suelen traducir en realidades institucionales.

El discernimiento de los carismas corresponde a la autoridad de la Iglesia, y de la autoridad de la Iglesia ha dependido el Opus Dei en cada uno de sus pasos institucionales. Con la reforma de la curia, el Papa Francisco ha promovido cambios en numerosas instituciones y organismos para favorecer una evangelización más dinámica. Esa es la finalidad del motu proprio que usted menciona. Por eso, estamos trabajando para responder fielmente a esta petición del Papa, sabiendo, por poner un ejemplo, que lo esencial no es que el prelado lleve o no cruz pectoral, sino que los fieles del Opus Dei y otras personas puedan vivir plenamente este carisma dentro de la Iglesia.

¿Se redefinirá el papel del Opus Dei con la Santa Sede después de este motu proprio del Papa?

Lo que pidió el Papa en el motu proprio era algo bastante concreto. Se ha hecho un congreso para contar con el parecer de todo el mundo en esa petición. Habrá algunos retoques interesantes, pero que no afectan a las cuestiones sustanciales del carisma del Opus Dei. Ahora no podemos concretar, porque está en manos del Papa y no sería correcto hablar.

¿Le parece entonces esta petición algo más formal?

Sí y no. Los cambios principales (por ejemplo, cambia el organismo de la Santa Sede competente para las prelaturas personales) afectan a lo organizativo, no a la sustancia del Opus Dei. Y al mismo tiempo el documento papal llama a reforzar lo sustancial: promover el carisma del Opus Dei, para aumentar el dinamismo evangelizador.

La medida ¿no disuelve la especificidad de la obra dentro de la Iglesia católica? Eso ¿puede considerarse también como un elemento positivo?

Permítame que disienta amablemente. La especificidad del Opus Dei descansa en el carisma o espíritu, más que en su “ropaje jurídico”. En su núcleo se encuentra la llamada universal a la santidad a través del trabajo y las realidades ordinarias de la vida. El Papa, en *Ad charisma tuendum*, se refiere a este mensaje como un “don del Espíritu recibido por san Josemaría”, es decir como un carisma. Repito: esta es la especificidad realmente relevante. De hecho, con este motu proprio el Papa Francisco confirma la bula *Ut sit*, con la que Juan Pablo II erigió el Opus Dei en prelatura: modifica dos aspectos accidentales y confirma el carisma esencial.

Característico del Opus Dei es un rasgo tan ordinario como el trabajo: la relevancia del trabajo como lugar de encuentro con Dios, ya sea en Silicon Valley o en los suburbios de Kinshasa, ya sea haciendo de maquinista en el metro de Madrid o de maestro o maestra en una escuela en la periferia de cualquier metrópoli.

Por lo demás, el Opus Dei no desea ser una excepción dentro de la Iglesia. Sus propuestas jurídicas han buscado la fórmula que más se ajustara a la

realidad de unos laicos que, por una llamada vocacional y con la atención pastoral de los sacerdotes, quieren seguir a Cristo en el ámbito de las realidades familiares, laborales, sociales, etc., en el marco de sus respectivas iglesias particulares. El hecho de que hasta ahora haya sido la única prelatura personal ha podido percibirse como algo "excepcional", pero desde luego no es eso: al contrario, pienso que sería muy bueno que hubiera otras prelaturas personales que contribuyeran a la evangelización de numerosos ámbitos especialmente necesitados de inspiración cristiana.

Muchos ven en la decisión del Vaticano la eliminación de un privilegio, una cierta degradación y un gesto de una iglesia más progresista hacia un mundo más conservador. De un viejo conflicto entre jesuitas y Opus Dei.

Al Papa Francisco le hicieron una pregunta similar, y señaló que era una interpretación mundana, ajena a la dimensión religiosa. Pienso que demasiadas veces se tiende a una lectura de la realidad en clave de poder y polarización, con grupos que se oponen y no se entienden. Sin embargo, en la Iglesia la lógica que debe imperar es la del servicio y la colaboración. Todos remamos en la misma barca, abiertos a ser ayudados para mejorar.

Sobre el viejo conflicto que menciona, personalmente le puedo decir que soy antiguo alumno del colegio de la Compañía de Jesús en Madrid, y estoy muy agradecido por la formación y el ejemplo que recibí de los jesuitas.

¿Cómo es el diseño de estatutos que han remitido al Papa y cómo han trabajado en esta cuestión? ¿Qué cambiará de ahora en adelante?

En abril -como le decía- hemos celebrado en Roma un congreso general del Opus Dei, en el que se ha perfilado una propuesta de ajustes a los Estatutos, de acuerdo con la expresa petición del Papa, para ser entregada a la Santa Sede. En esta tarea nos han guiado dos criterios fundamentales: la fidelidad al carisma de san Josemaría y la adhesión a la voluntad expresada por el Santo Padre. Como pedía el Papa en el motu proprio, se ha procurado expresar con más claridad la dimensión carismática del Opus Dei, que se vive y se realiza en comunión con las iglesias particulares y con los obispos que las presiden. Pero corresponde a la Santa Sede la aprobación y

promulgación de esos cambios, por eso es lógico que yo no añada otros detalles.

El Opus Dei ha jugado un papel protagonista en la España de las últimas décadas: en la política y en la economía. ¿Cómo definiría usted la España actual?

Dos cosas. Una es que la Obra como tal no ha influido en la política. Sí pueden haberlo hecho algunas personas del Opus Dei que, con plena libertad, piensan y actúan como han querido, como cualquier otro católico. Después, debo decirle que estando aquí en Roma no lo sigo muy de cerca. Pero veo algunas cuestiones importantes, por ejemplo en el plano de la libertad de educación, que han creado una situación complicada, como pasa en otros sitios. Lo importante es que todos sepamos convivir. Habría que colaborar más para difundir un ambiente de convivencia. Cada uno tiene que defender sus ideas, pero no atacando a las personas que piensan lo contrario.

Entonces, ¿ha echado de menos más libertad?

Hay en España una cierta radicalización de las oposiciones. Cosa que en Italia sucede menos. Va con el carácter.

¿No le parece que en España quizá no se ha separado bien la religión y la política?

Es difícil de valorar. Es difícil juzgar con la mentalidad actual una época del pasado, hay que tener una perspectiva histórica muy fina. Sino fácilmente se critican situaciones pasadas que en ese momento no eran tan negativas. Ahora lo serían, pero quizás no entonces. Y no por relativismo, sino porque las circunstancias determinan muchas veces la mentalidad de las personas y los modos de funcionar.

Están ustedes preparando el centenario del Opus Dei. ¿Qué tipo de contribución hará el Opus Dei a la sociedad en los próximos años?

La que hará la gente en singular. La Obra se promueve a través de las personas. El Opus Dei en cuanto tal no hace muchas cosas: su principal actividad es dar formación cristiana a la gente. Y luego la gente toma las iniciativas sociales que vean oportunas. ¿Cómo será? Pues dependerá de la

gente. La sustancia espero que no cambie y que se acomode a la realidad de cada momento. Hay que adecuarse a las necesidades del momento.

En los últimos tiempos ha cambiado la percepción en la sociedad de los abusos cometidos en el seno de la Iglesia. ¿Cómo se ve este asunto trascendental desde la prelatura del Opus Dei?

Es algo muy triste. Además de subrayar lo lamentable que son estos abusos y delitos (¡uno solo ya causa mucho dolor!) desearía también poner en evidencia la labor realizada en los últimos años por el Papa y la Santa Sede a través de disposiciones netas y claras: hoy, gracias a Dios, la Iglesia universal y la mayoría de instituciones de la Iglesia cuentan con protocolos y directrices para erradicar y combatir eficazmente estos abusos, que dejan heridas profundas y a veces insalvables.

Los protocolos de la prelatura, por ejemplo, son de 2013 y yo mismo los actualicé en 2020. Son un instrumento para generar conciencia de los derechos y necesidades de los menores y de las personas vulnerables, y evitar así cualquier riesgo de explotación, abuso sexual o maltrato en todas las actividades que se llevan a cabo en los centros de la Prelatura, y que deseamos que inspiren también a todas las actividades que se desarrollan en instituciones que reciben algún tipo de apoyo pastoral por parte del Opus Dei.

Por los misterios de la naturaleza humana, este tipo de instrumentos (en la Iglesia y en la sociedad) no son un seguro de que nunca vaya a pasar nada malo, pero desde luego contribuyen a crear una nueva cultura y una referencia clara: quien comete un crimen de este tipo, ahora sabe a qué atenerse.

También por motivos comprensibles se ha puesto en la opinión pública muy de relieve esos abusos en la Iglesia, cuando es algo mucho más generalizado en la sociedad. Hay ámbitos sociales en los que esta realidad triste y lamentable está más difundida. Casos concretos en sacerdote son muchos, pero comparados con los miles y miles y centenares de miles de sacerdotes que han dado su vida trabajando son proporcionalmente pocos. Pero sí, hay que combatirlo con los medios que sea posible.

[Volver al índice](#)

28. Agencia Ecclesia (8-XI-2023)

Ha tenido la oportunidad de decir que en Portugal se siente en “casa”, no de visita. ¿Cómo ve la realidad del Opus Dei en nuestro país y su contribución para la Iglesia y la sociedad portuguesa?

Me siento “en casa”, porque he estado muchas veces en Portugal –también rezando en Fátima- y porque en el Opus Dei hay muchas portuguesas y muchos portugueses. El Opus Dei está en Portugal desde hace más de 75 años, y sus miembros intentan ser, en la Iglesia y en la sociedad, levadura en la masa. ¿En qué sentido? No sintiéndose algo especial, sino en el sentido de vivir la misma vida que todos los demás, en unión afectiva y efectiva con Jesucristo, como hijos de Dios por el bautismo.

Esta es su vocación eclesial. Por supuesto, es importante que haya laicos que se dediquen a actividades y servicios propios de la pastoral eclesial. Pero para la inmensa mayoría de los laicos, esto no es posible ni deseable. Dios espera de los laicos un diálogo permanente de amor en su hogar, en su vida matrimonial, en el cuidado de los hijos, en las preocupaciones económicas, en su lugar de trabajo, en el compromiso con causas de carácter civil o cultural, en el deporte, en las aficiones de cada uno, en el mundo del arte, etc. No se trata de una relación con Dios de tipo intimista, sin consecuencias externas, sino que lleve a identificarse más y más con Jesucristo y, como él, a entregarse a las personas de la propia familia, a los amigos y vecinos, a los compañeros de trabajo.

Hace dos meses recibimos la edición internacional de la Jornada Mundial de la Juventud. ¿Cree que ha sido una oportunidad para dar a conocer carismas como el del Opus Dei y generar una renovada movilización evangelizadora entre las nuevas generaciones?

Felicito a los portugueses por lo bien que han organizado la JMJ. La satisfacción del Papa y la de muchas personas que han compartido su experiencia de esos días lo manifiesta.

Ciertamente, debemos apreciar el nuevo impulso que una JMJ aporta a muchos caminos de la Iglesia, incluido el Opus Dei. Pero, más que eso, la JMJ ha sido, sobre todo, un momento en el que Jesucristo se ha hecho presente de un modo especial y ha desvelado su rostro a la vez amable y exigente.

Fue conmovedor ver a Jesús Eucaristía adorado en silencio por tantos jóvenes en el Parque del Tajo. También fue impresionante ver las filas pacientes de unos diez mil jóvenes que querían recibir el sacramento de la penitencia en el Parque del Perdón.

¿El trabajo con los jóvenes, especialmente los universitarios, sigue siendo una prioridad?

Antes de decir que sí, permítame recordar que la prioridad es llegar a todos, sin excluir a nadie. Cada persona es preciosa y única a los ojos de Dios. Debemos tener prisa, una prisa serena, para no dejar a nadie sin la posibilidad de conocer a Jesucristo, con la ayuda de nuestra oración, de nuestro trato, de nuestra amistad sincera.

Por su parte, los jóvenes, además de ser el presente de la Iglesia, son también, de manera especial, su futuro. En todos los mares de la historia, Jesús sigue pasando por la orilla buscando jóvenes pescadores de hombres: para caminar con Él y para enviarlos a todo el mundo.

La mayoría de los jóvenes sentirán la atracción de Dios en la vocación matrimonial, pero algunos experimentarán que Dios les atrae hacia una relación exclusiva en el celibato, abierta al servicio de todos. A menudo asociamos el celibato con la vida sacerdotal y religiosa, no sin motivo. Sin embargo, conviene recordar que, desde los tiempos de los apóstoles, Dios llama también al celibato en la vida laical, sobre la única base de la consagración bautismal.

Los universitarios, además, tienen una especial llamada a encontrar formas de armonizar la fe con la cultura y la ciencia, para que luego la fe pueda informar eficazmente la vida social.

La Prelatura vive un momento de cambio, sabemos que han comenzado los trabajos con el Dicasterio para el Clero para preparar la propuesta de modificación de Estatutos al Santo Padre. ¿Cómo se están viviendo estos momentos?

Se procuran seguir las disposiciones del Santo Padre con sincera obediencia filial, y con el deseo –como el mismo Papa Francisco ha recordado- de que sirvan para reforzar los aspectos esenciales del Opus Dei, que se contienen en su carisma. Es lo que pedí expresamente en varios mensajes dirigidos a las personas del Opus Dei: estar todos muy unidos, precisamente en esta obediencia sincera, siguiendo también en esto el ejemplo de san Josemaría y de sus dos primeros sucesores. Es el Espíritu Santo quien guía la Iglesia. Por tanto, también estos son momentos para vivir con paz y serenidad.

Algunos miembros de la Prelatura manifestaron sus preguntas e inquietudes sobre este asunto, en los medios y en las redes sociales, no siempre en un tono pacífico, podríamos decir. ¿Entiende estas manifestaciones, sobre todo las que hablan de un ataque? ¿Teme que algunos instrumentalicen al Opus Dei para alimentar oposiciones al pontificado?

Es comprensible que se susciten preguntas, dudas y preocupaciones, también por ciertas interpretaciones que se han publicado, en clave mundana, como si fuera una cuestión de “ganancia o pérdida de poder”, algo que en la Iglesia no tiene sentido.

En mi primera carta como Prelado, escribí: “Hacer crecer el aprecio mutuo entre los fieles de la Iglesia, y entre las más variadas agrupaciones que puedan existir, es parte de nuestra misión en la gran familia de los hijos e hijas de Dios”. Y cité una frase del Fundador: “El principal apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de auténtica caridad”.

A este respecto, he recordado alguna vez el ejemplo que vi en cierta ocasión en el entonces cardenal Ratzinger, cuyo amor a la Iglesia y al Papa, fuerte y fundado en la fe, iba más allá de la emoción. En un momento delicado para la unidad de la Iglesia, que entonces algunos ponían en peligro, le oí decir esto desde el fondo de su corazón: “¡Cómo no se dan cuenta de que sin el Papa no son nada!”.

¿La relación de los laicos con la Obra podrá cambiar? ¿Esta “específica llamada vocacional” tendrá que encontrar un estatuto teológico-canónico propio, en la Iglesia?

En la Iglesia, primero está la vida, luego la norma: es decir, para usar las palabras del Papa Francisco, la realidad es superior a la idea.

En el corazón de san Josemaría, Dios plantó la semilla de un mensaje. ¿Qué mensaje? El de redescubrir el valor vocacional de la vida ordinaria de los fieles: Dios ha encomendado a los hombres la tarea divina de construir el mundo (la familia, el barrio, el trabajo, el progreso, las artes, las diversiones) como hijos de Dios en Jesucristo.

Dentro de la inspiración fundacional, este mensaje tenía que ser anunciado y vivido con un concreto espíritu, con ayuda de una institución, el Opus Dei. Y esta institución fue, desde el principio y con creciente desarrollo en el tiempo, una familia en el Pueblo de Dios, formada por mujeres y hombres, laicos y sacerdotes, con unidad de vocación, formación y espíritu, con una acción complementaria y no competitiva con la de las diócesis y parroquias, permaneciendo sus miembros laicos plenamente fieles de sus diócesis y parroquias. Por tanto, esta realidad es anterior al marco canónico, y es la razón de ser del Opus Dei.

¿Este momento puede ayudar a recuperar el carisma originario, propuesto por san Josemaría Escrivá?

No se trata de recuperar, pues no es algo que se haya perdido o desvirtuado, sino de profundizar y seguir en el esfuerzo de vivir con fidelidad. En este sentido, confiamos en responder a la llamada del Santo Padre: cuidar el carisma del Opus Dei, de modo que sepamos llevarlo al futuro con la misma frescura con que nos lo transmitió san Josemaría. Es decir, que nos comprometamos más a “difundir la llamada a la santidad en el mundo, a través de la santificación del trabajo y de los compromisos familiares y sociales” (Motu proprio *Ad charisma tuendum*).

Mi última pregunta es sobre el Sínodo de los Obispos. ¿Qué contribución espera de los miembros de la Obra en este proceso?

La primera contribución es la oración por el Sínodo y, por oración, entiendo también el cumplimiento de los deberes cotidianos, realizados lo más perfectamente posible dentro de las personales limitaciones personales. Junto a esto, son numerosas las personas del Opus Dei que se han implicado participando en las diversas etapas del proceso sinodal, especialmente en los niveles diocesanos y nacionales. Además, se procura sintonizar con el deseo profundo del Papa para el Sínodo, es decir, mostrar que la responsabilidad de sacar adelante la Iglesia no es exclusiva de los obispos, los sacerdotes o los religiosos, sino de cada uno y cada una de los bautizados, “caminando juntos”. A todos corresponde la misión evangelizadora y la búsqueda de la santidad personal, cada uno con sus personales y limitadas posibilidades.

[Volver al índice](#)